La conquista del ESPACIO

JUICIO A UNA BESTIA ESPACIAL

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



La conquista del ESPACIO

JUICIO A UNA BESTIA ESPACIAL

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — Cita en Ganimedes. *Kelltom McIntire.*
2. — Salto al futuro. *A. Thorkent.*
3. — La superbomba. *Ralph Barby.*
4. — La esfera maldita, *Joseph Berna.*
5. — El imperio de Ornay, *A. Thorkent.*

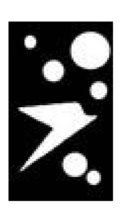
GLENN PARRISH

JUICIO A UNA BESTIA ESPACIAL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 550

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —
CARACAS —MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B 38.669 - 1980

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición: lebrero. 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL **BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Todos los personajes y

entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1981

CAPÍTULO PRIMERO

—Lo siento —dijo Henry W. Morton—. Tal cómo están las cosas, no me es posible acceder a lo que pides, Jim

El señor Shannon, James de nombre, aunque todos le llamaban Jim, torció el gesto y emitió un gruñido.

—No te reprocho a ti nada, Henry, sino al maldito sistema que me impide... —Lanzó una amarga carcajada—. Me estoy sintiendo como en el siglo XIX, cuando ya estamos acabando la primera mitad del XXL Necesito dinero, tengo una hermosa granja como garantía y tú no puedes concederme un modesto préstamo de diez mil dólares, para ampliación del negocio.

—Jim, si te decidieras a vender las tierras del lado Sur, obtendrías seguramente mucho más que los diez mil dólares que me pides —contestó el director del Banco.

—Si lo hiciera, no necesitaría ampliar el negocio de la granja. Y para eso, no habría venido a verte, como puedes comprender.

—Repito que lo lamento. Tenemos órdenes de apretar los cordones de la bolsa...

Shannon se levantó.

—Es lo mismo. Continuaré así tres o cuatro años más, ahorrando lo suficiente para la nueva maquinaria. Este año, tendré una buena cosecha. Todo es cuestión de aguardar un poco más. Hubiese querido empezar a finales de año, pero, repito, esperaré tres o cuatro años. Gracias por tu tiempo, Henry.

—Eres un buen amigo. Jim —le despidió el director del Banco.

Shannon salió a la calle y se encasquetó el sombrero de libra.

En la puerta, se cruzó con dos individuos, a los que no prestó la

menor atención. Los dos hombres entraron en el Banco y él se dirigió a su anticuada furgoneta de gasolina, para regresar a casa inmediatamente. No llevaba buenas noticias y la comida sería triste, se dijo. Pero no le importaba tampoco demasiado. Era aún joven, no había cumplido siquiera el medio siglo y podía dejar perfectamente que pasaran tres o cuatro años, hasta culminar sus propósitos.

Entró en la cabina, sacó su vieja pipa, la cargó sin prisas y luego aplicó un fósforo a la cazoleta. Cuando se disponía a dar el contacto, oyó un disparo en el interior del Banco.

Inmediatamente, volvió la cabeza hacia el lugar donde había sonado el estampido. Una mujer chilló agudamente.

Shannon era hombre de rápidas reacciones y comprendió en el acto lo que sucedía. Allí, en la cabina, tenía su escopeta de caza. Siempre la llevaba; a veces, divisaba una pieza y con un certero disparo conseguía un sabroso conejo para variar el menú del día.

Abrió la portezuela, saltó al suelo y agarró el arma, situándose detrás del motor de la camioneta. Entonces vió el coche en marcha, parado a la puerta del Banco.

Dos hombres armados salieron en el acto, portadores de sendas bolsas de lona, que supuso contenían el botín. Shannon no se entretuvo en hacer preguntas y les envió una tempestad de plomo, en dos disparos muy seguidos, que los arrojó por el suelo, aturdidos y sangrantes.

Sonaban gritos y chillidos por todas partes. Impasible Shannon recargó el arma.

Uno de los ladrones estaba sólo levemente herido y se incorporó, para escapar en el coche que conducía su cómplice. Shannon apuntó a una de las ruedas traseras y el neumático explotó fragorosamente.

El conductor salió fuera, armado con una pistola, apuntó al osado campesino que se oponía a sus propósitos. Shannon lo derribó con el cuarto disparo.

La confusión era indescriptible. Shannon hurgó en los bolsillos de sus pantalones de peto. Sólo quedaba un cartucho y lo puso en la recámara de la derecha. El bandido que estaba herido levemente corría hacia otro coche contiguo, con ánimo de robarlo y escapar en él.

Shannon apuntó cuidadosamente. La escopeta emitió su quinto trueno. El ladrón soltó la pistola y el saco, se llevó las dos manos a la pierna izquierda, chilló y cayó al suelo.

Entonces fue cuando se oyó la primera sirena policial.

* * *

A la misma hora en que el señor Shannon se convertía en un inesperado defensor de la ley y el orden, su encantadora hija Muriel andaba por el campo, en las inmediaciones de la granja.

Muriel tenía diecinueve años, era alta, espigada y poseía un rostro angelical y una silueta de proporciones clásicas. Había hecho los trabajos normales de la granja y ahora estaba dándose un paseo por las inmediaciones, para reflexionar acerca de lo que debía hacer.

Tenía que ingresar en la Universidad, pero sabía que sus padres estaban algo apurados económicamente. Si ella se marchaba, su padre tendría que contratar un peón, aunque sólo fuese para media jornada, aparte de que no sabía dónde encontraría el dinero necesario para sufragar sus gastos. Y sí se quedaba, perdería la media beca conseguida en el último curso de la Escuela Secundaria.

Era todo un problema, aunque disponía casi de tres meses para resolverlo; lo que durasen las vacaciones de verano. Pero a primeros de septiembre tendría que tomar una decisión.

En su paseo, se había alejado unos mil metros de la casa. Ahora se encontraba en él único trozo árido de las tierras de la granja; una planicie de unos doscientos metros de lado, árida y pedregosa, y en la que apenas si crecían algunos matojos. Hizo un gesto de desagrado y se desvió hacia la izquierda, con ánimo de acercarse al arroyo que cruzaba las tierras. Había un remanso a menos de quinientos metros y el día era lo suficientemente cálido como para agradecer el baño en las aguas claras y frescas del arroyo.

Al llegar al límite del trozo seco, había un pequeño talud de un par de metros de altura. Muriel pisó mal y resbaló, arrastrando consigo un buen golpe de tierra y piedras.

Parte del talud se desmoronó ruidosamente. Muriel quedó

sentada en el suelo herboso que había al pie del desnivel, aturdida, pero sin daños, más desconcertada que otra cosa.

—Vaya —murmuró, mientras se ponía en pie, frotándose las caderas—. Si que soy descuidada.

De pronto reparó en una extraña piedra que se había desprendido del talud. Inclinándose, la recogió y examinó durante unos momentos, con concentrada atención.

Parecía barro fósil, se dijo. Por uno de los lados del pedrusco, de irregulares contornos, asomaba una superficie curva, pulida, de color rojo oscuro, con ligeras vetas más claras. El pedrusco era bastante pesado y Muriel pensó que tal vez había encontrado una burbuja de barro, procedente de una fuente termal apagada millones de años antes y que había acabado por petrificarse con el paso de los siglos.

Aunque había bastante polvo, el color le agradó extraordinariamente. Iba a ingresar en la Facultad de Ciencias y aún no sabía hacia qué especialidad derivaría, aunque la Geología no le disgustase, ni mucho menos. Por tanto, sabía cómo dejar al descubierto la burbuja completa.

Después del baño, se encerró en el cobertizo de los aperos y las herramientas y, con la ayuda de un martillo y un cortafríos, empezó a golpear la envoltura de barro fosilizado que rodeaba a la burbuja.

Fue una labor fácil, de menos de media hora. El barro salía sin apenas obstáculos. Al terminar, Muriel, pasmada, se encontró con que tenía en las manos un huevo de un tamaño aproximadamente doble que el de una gallina, casi como el de un avestruz.

Pero no podía ser un huevo, pesaba demasiado. La burbuja de fango termal, al solidificarse, había tomado forma ovoide, eso era todo. Sin embargo, ofrecía un aspecto maravilloso. Podía ser un bonito objeto de decoración.

Con un trapo ligeramente húmedo, quitó el polvo del huevo, que apareció entonces brillando casi como una gema. Muriel lo contempló fascinada. Le gustaba, se sentía poco menos que enamorada de aquel objeto. Y, en el mismo instante, se juró a si misma que no lo abandonaría jamás.

Entonces, inesperadamente, oyó gritos y tiros de escopeta. Alarmada, corrió al exterior y vió a su padre, fuera de la camioneta, blandiendo la escopeta, a la vez que daba grandes saltos de alegría,

con gran susto de las gallinas y otras aves de corral y la algarabía de ladridos de los tres perros que cuidaban de la seguridad de la granja.

La señora Shannon, Eileen de nombre, salió a la puerta de la casa, secándose las manos en el delantal.

—¡Jim! —gritó enojada—. ¿Te has vuelto loco?

—Me han concedido el préstamo —exclamó Shannon—. Esto hay que celebrarlo, querida. Prepara tres copas, cariño; vamos a brindar por la mejor granja de los contornos y ... —vió que Muriel corría hacia allí y añadió—: Y por la futura doctora en Ciencias, Muriel Shannon.

* * *

—De modo que sí no hubieras disparado contra los atracadores, no te habrían concedido el préstamo —dijo Eileen, todavía irritada contra el Banco.

—Bueno, pero yo no lo hice para congraciarme con Morton. Me pareció que era mi deber y ... qué diablos, a fin de cuentas, tenemos allí nuestro dinero...

—Si en lugar de un cuaderno para anotar lo que tenemos, usáramos una caja, estaría llena de polvo y telarañas —dijo cáusticamente la señora Shannon.

—Mira, Eileen, no seas cascarrabias. A tus cuarenta y cinco años, no tienes motivos para portarte como una abuela de ochenta, disgustada con las locuras de sus nietos.

Muriel reía alegremente, muy divertida con la disputa que sostenían sus progenitores. De pronto, Shannon reparó en el objeto que había sobre la mesa.

—Eileen, no irás a decirme ahora que se te ha ocurrido comprarte un huevo para zurcir calcetines, como se hacía antiguamente —exclamó.

—¡Qué tonterías están diciendo! ¿Me tomas por una mujer del siglo XIX —protestó la señora Shannon.

—Papá —terció la muchacha—, ese huevo es mío. En realidad, no es un huevo, sino una burbuja de fango termal fósil. Por casualidad, ha tomado la forma ovoidal, pero eso es todo.

—Ah, bueno, caprichos de geólogo —sonrió el señor Shannon—. Bueno, si te gusta...

—Me gusta tanto, que lo dejaré en mi habitación y nadie debe tocarlo. Bueno, si mamá le quiere quitar el polvo, cuando yo esté fuera, no le diré nada —sonrió la chica—. Pero quiero que esté aquí siempre y... Mamá, te conozco. No se te ocurra regalarlo a alguna de tus amigas, para que adorne su salón, ¿eh?

—Descuida, hija; se cumplirán tus deseos —Eileen miró severamente a su esposo, quien se disponía a. darle otro tiento a la botella,— Jim, basta de celebraciones. ¡A trabajar!

—Muriel, tu madre habría sido una buena reina en la antigüedad, cuando podían disponer de las vidas y haciendas de sus súbditos —se lamentó el señor Shannon.

—Tienes razón, papá —rió la chica—. Voy a dejar la burbuja fósil en mi habitación y bajaré en seguida para ayudarte.

En aquel momento, se oyeron ladridos de los perros y sonó la bocina de un automóvil.

CAPÍTULO II

El recién llegado, que había venido en un despampanante automóvil último modelo, movido por energía radiante —el más estridente grito de la técnica—, era un hombre joven, de poco más de veinticinco años, pelo rizado, negro, ojos azules, de casi un metro noventa de estatura y muy ancho de hombros. Los tres miembros de la familia Shannon salieron al porche y le contemplaron con curiosidad.

—Soy Hal Thewell —se presentó el joven—. Tengo entendido que ésta es la granja Shannon.

—Acierta usted, muchacho —contestó el cabeza de familia—. ¿En qué podemos servirle?

Thewell se apeó del coche.

—Verá, señor Shannon, soy profesor ayudante de la Universidad de Stanford y ...

—Oh, perdone —exclamó el granjero—. Mi esposa, Eileen, mi hija, Muriel.

—Encantado, señoras —dijo Thewell—. Señor Shannon, el objeto de mi venida aquí es explorar su granja...

—No hay petróleo, no hay minerales valiosos, no hay siquiera una mala veta de carbón. Todo eso lo examinaron antes que usted, mi padre y mi abuelo.

El joven se echó a reír.

—No busco oro, ni petróleo ni tampoco carbón. Verá, cuando iniciaba mi curso para el doctorado, estuve hablando con un profesor de la Universidad, que murió hace unos pocos meses. El difunto doctor Summerstein sostenía la interesante teoría de que. hace miles de años, llegó aquí una nave espacial. Incluso me enseñó algunos objetos, actualmente en mi poder, que aseguraba no habían sido construidos en la Tierra. Me los legó en su testamento...

Shannon entornó los ojos.

—Usted se refiere, sin duda, a aquel chiflado sujeto de ojos de búho que estuvo aquí hará tres o cuatro años, buscando muestras de minerales.

—Sí. Summerstein me contó que recurrió a ese engaño, para no alarmarlos a ustedes como para que no le considerasen aún más loco. Lo cierto es que en aquella exploración, encontró los objetos que me dijo no habían sido construidos en la Tierra, lo cual reforzaba su teoría del aterrizaje de una nave extraterrestre.

—Ah, sí, el clásico OVNI de costumbre —dijo Muriel, irónica.

—Nuestro OVNI de cada día —añadió su padre.

Thewell sonrió.

—Tómenlo como gusten, pero el caso es que a mí me convencieron bastante las teorías de Summerstein y por eso querría pedirles permiso para continuar sus exploraciones. Me indicó, incluso, el lugar donde había encontrado los objetos y... Por supuesto, no pienso molestarles en absoluto; si me dan el permiso, acamparé en el lugar donde he de trabajar, ya que me he traído los elementos suficientes para ello... Naturalmente, pagaré por los alimentos que me vendan, huevos, verdura, fruta y demás. Y estoy dispuesto a hacer un depósito, para responder de los posibles daños que pueda causarles. ¿Qué me contesta, señor Shannon?

—Apostaría algo a que usted se refiere al trozo árido que hay hacia el Noroeste —exclamó Muriel.

—Así es, señorita —sonrió Thewell.

—Bueno, por mí no hay inconveniente —accedió el cabeza de familia—. Empiece cuando guste, profesor.

—No me hagan tan viejo —rió Thewell—. Llámenme Hal. Todos. Y muchas gracias, señor Shannon.

—Hal, esta noche al menos, comerá con nosotros. Se le hace ya un poco tarde para que monte su tienda de campaña y prepare la cena —intervino bondadosamente la señora Shannon.

—Acepto encantado —contestó el joven.

Muriel se acostó aquella noche y, antes de dormirse, contempló durante largo rato el huevo de color rojo oscuro, que despedía un brillo singular. Se preguntó por qué no había mencionado su hallazgo al profesor Thewell.

El huevo ofrecía un aspecto sumamente agradable. Sin saber por

qué, Muriel se sintió extraordinariamente confortada, invadida por una calma y una paz como no había sentido nunca antes de aquella noche. Luego se quedó dormida y ya no despertó hasta que entraron por la ventana los primeros rayos del sol naciente.

* * *

Llena de curiosidad, Muriel observó la serie de extraños aparatos que Thewell había instalado en el borde del trozo seco. La tienda estaba un poco más abajo, entre los árboles, y cerca del arroyo. Thewell, desnudo de la cintura para arriba, aunque cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas, trabajaba afanosamente con una piqueta y una pala de pequeñas dimensiones.

Uno de las aparatos consistía en una caja del tamaño de una maleta, con algunas esferas indicadoras en uno de sus costados. De la tapa superior sobresalía una varilla, con un cuadrado enrejado, ligeramente cóncavo, que giraba con gran lentitud, describiendo una vuelta aproximadamente cada treinta segundos.

Muriel contempló el detector unos instantes, de repente.

brotó un pitido intermitente de un altavoz situado en algún punto de la maleta.

Thewell lo oyó y lanzó una exclamación de júbilo. Tenía algo en la mano y corrió hacia el detector. Los pitidos se hicieron más frecuentes.

—Ha descubierto algo —dijo Muriel.

Thewell la vió entonces y corrió a ponerse una camisa.

—Dispénseme; no había reparado en su presencia…

Muriel se arrodilló en el suelo, sentándose a continuación sobre sus talones.

—A ver, ¿qué ha encontrado?

Thewell le enseñó un pedrusco de forma alargada.

—Está aquí dentro —contestó—. Sea lo que sea, tiene radiactividad.

—Oiga, no irá a decirnos que este terreno es insano —se espantó la muchacha.

—Oh, no —rió el joven—. Ese detector es ultrasensible. Podría captar señales de radiactividad infinitesimales, por ejemplo, las que tienen algunas aguas termales. La gente las bebe y se siente mejor, lo sabe usted bien.

—Sí, desde luego.

—Con los años que lleva la familia Shannon en estas tierras... Un siglo, me parece.

—Ciento veintidós años, para ser exactos —puntualizó Muriel.

—En tal caso, se hubieran producido graves enfermedades no ya en ustedes, sino en el Shannon que primero se estableció en estos parajes. Y, por lo que he oído contar, vivió hasta la bíblica edad de ciento un años.

—Así es —sonrió Muriel.

—Y los animales domésticos se habrían reproducido con malformaciones en sus descendientes, y se habrían producido mutaciones en las plantas y en los árboles frutales, y hasta en los insectos que pululan por la tierra... No, no es una radiactividad peligrosa, ni muchísimo menos. Hay, apenas, una millonésima de «roentgen», lo cual, como puede comprender, no es para asustar a nadie.

—Bien, tranquilizados al respecto, veamos qué hay dentro del pedrusco, profesor.

Thewell empezó a trabajar, con un martillo, deshaciendo la ganga de tierra petrificada. Minutos más tarde, tenían a la vista un trozo de metal cilíndrico, de unos siete centímetros de largo, por medio de grueso.

—Haré que lo analice un amigo mío, especialista en metales —dijo el joven—, Pero, sin duda, estamos contemplando una pieza de la nave extraterrestre.

—Debe de tener miles de años —exclamó Muriel, admirada.

—¿Miles? Quizá cientos de miles. Pero también sabremos su edad.

Thewell meneó la cabeza y sonrió.

—Algún día, desde su tumba, el viejo y chiflado doctor Summerstein sonreirá, porque se habrán probado sus teorías —añadió.

—Hal, ¿piensa divulgar su hallazgo?

—No —contestó él resueltamente—. No lo haré hasta tener la seguridad absoluta de que hubo aquí un aterrizaje y encuentre las suficientes pruebas que permitan convencer a los incrédulos. Y eso, tal vez, puede llevarme años enteros. Sin embargo, no tengo prisa.

—Nosotros tampoco diremos nada. A papá no le gustaría ver la granja invadida por una muchedumbre de buscadores de «souvenirs» extraterrestres. Los fines de semana resultarían catastróficos —sonrió la chica.

—Harán bien en callar, efectivamente —convino Thewell—. Y no sabe cuánto se lo agradezco...

De pronto, Muriel se dio una palmada en la frente.

—¿Pasa algo? —exclamó Thewell, alarmado.

—Oh, no. salvo que tengo una cabeza que no rige bien en ocasiones —rió Muriel—. Mamá dice que lleva aquí un mes y que debemos celebrarlo. Venga a cenar con nosotros a la noche. Hay pavo asado... Ayer lo cazó papá, ¿sabe?

Thewell puso los ojos en blanco.

—¿Cuántos años hace que no pruebo ese manjar de dioses? —dijo alegremente.

La velada resultó muy agradable. Thewell dio algunos consejos a la muchacha, acerca de lo que debía hacer durante el próximo curso en la Universidad, y le prometió recomendarla a algunos de los profesores, conocidos suyos.

Al acostarse, como todas las noches, Muriel contempló el huevo durante unos momentos. Le pareció que había aumentado de tamaño, aunque luego se dijo que debía de ser una ilusión óptica. Pasó la mano por el glóbulo y creyó sentir cierta calidez, una tibieza que no parecía

lógica en una burbuja de fango petrificado, ni siquiera teniendo en cuenta la época del año en que se hallaban.

Cuando apagaba la luz, se le ocurrió una idea extraña. Aquel huevo iba a cambiar su vida considerablemente. No sabía por qué, pero estaba segura de que iba a ser así.

* * *

El verano se acabó y Muriel fue a la Universidad.

A veces, se encontraba con Thewell y le preguntaba cómo iban sus investigaciones acerca de los restos del OVNI. La respuesta de Thewell era invariablemente la misma; estaban aún con los análisis.

Llegaron las Navidades. Muriel volvió a ver el huevo. Nuevamente le pareció que había aumentado de tamaño. Para calmar sus dudas, tomó medidas cuidadosamente. Y, una vez más, volvió a percibir aquella sensación de calma y tranquilidad que notaba al hallarse en la noche, en la vecindad del huevo.

El invierno pasó, vino la primavera y se acercaron los exámenes, que Muriel salvó sin demasiadas dificultades. Cuando el curso estaba a punto de terminar, se encontró con Thewell.

—Iré, en cuanto me den las vacaciones —dijo el joven, con los ojos muy brillantes.

—Nos alegrará mucho tenerle como vecino —contestó Muriel —. ¿Ha averiguado algo, Hal?

Antes de contestar, Thewell miró furtivamente a derecha e izquierda. Luego, con aire de conspirador, se acercó más a ella y dijo:

—Mi amigo concluyó sus análisis. Fue largo, porque quería estar seguro. ¿Sabe?, ese metal fue elaborado en una fecha que oscila entre los trescientos cincuenta y cuatrocientos mil años atrás.

Muriel parpadeó.

—¿No pudiera ser que se tratase de una civilización terrestre, pero ya extinguida? —objetó.

—No —contestó él firmemente—. Esa nave vino del espacio exterior, de un mundo infinitamente lejano, y se estrelló contra nuestro planeta, precisamente en el trozo de terreno árido de su granja. Estoy seguro de que habrá más fragmentos de la nave y pienso encontrarlos este verano.

—Ojalá sea como dice, Hal —sonrió ella—. Le deseo toda clase de éxitos.

—Gracias. Perdone, pero tengo una clase...

Los dos jóvenes se despidieron. Días más tarde, Muriel regresó a la granja, que encontró notablemente cambiada, gracias al préstamo concedido a su padre. Después de los primeros saludos afectuosos, subió corriendo a su cuarto y se acercó al huevo, que continuaba en el estante en que ella le había colocado.

Lo primero que apreció fue el intenso brillo que despedía la pulida superficie. Era mucho mayor que meses antes. Muriel sintió de pronto una extraña sensación.

Presintió que se hallaba ante un descubrimiento de incalculables consecuencias. Aquel huevo no era una burbuja de fango fosilizado.

Puso encima las yemas de los dedos y lo notó cálido, casi palpitante. De pronto, buscó instrumentos y tomó medidas.

Anonadada, se sentó en el borde de la cama.

—¡Dios mío! ¡Ha crecido más de tres centímetros!

Buscó las anotaciones de las medidas tomadas en Navidad. No, no había error posible. El huevo media ahora casi quince centímetros en el eje mayor y once en el menor.

Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué ser iba a nacer de aquella envoltura? ¿De qué lejano planeta procedía la cosa que se estaba incubando en el interior del huevo?

Con dificultad, pudo mantenerse serena. Vigilaría el huevo día y noche. Tenía que estar presente en el momento de la eclosión.

CAPÍTULO III

Ágilmente, con el júbilo retratado en el tostado semblante, Thewell salvó de un salto los cuatro peldaños de la escalera que accedía a la baranda y se asomó al interior de la casa.

—¡Buenos días, señora Shannon! —saludó—, ¿Puedo ver a Muriel?

Eileen salió de la cocina.

—Ah, eres tú, Hal —sonrió—. Perdona que te reciba así, pero estaba haciendo masa para tortas… Muriel está arriba, en su cuarto. ¿Sucede algo?

—En cierto modo. He encontrado más trozos de metal.

—A fin de cuentas, será verdad que un día aterrizó un OVNI en esta granja.

—De eso ya no hay duda, señora Shannon. ¡Muriel! —gritó el joven—. ¿Puedes bajar, por favor?

Eileen meneó la cabeza.

—No sé qué le pasa a esta chica —dijo—. Hace unos cuantos

días que está la mar de rara... Casi no sale de su habitación... Eso no es bueno, ya estudió bastante durante el curso y sacó muy buenas notas. Ahora debería descansar, aunque no nos ayudase en los trabajos de la granja... ¡Muriel, hija, baja de una vez! ¡Hal está aquí y quiere enseñarte sus últimos hallazgos!

La puerta del dormitorio se abrió.

—Bajo en seguida, Hal —gritó ella—. Dispénsame...

—No tengas prisa, Muriel —sonrió Thewell.

—Bueno, muchacho, yo me voy a la cocina o se estropeará la masa para las tortas. Te quedarás a almorzar con nosotras, supongo. Mi marido y Tommy, el peón, han ido a la ciudad...

—Con mucho gusto —accedió Thewell.

—Ven luego y te daré una cerveza —dijo Eileen, a la vez que se marchaba hacia la cocina.

Thewell depositó los trozos de metal sobre la mesa, unas tiras mucho mayores que la barrita hallada el verano! pasado y en ellas se divisaban unas extrañas inscripciones. grabadas en el mismo metal. Era un hallazgo realmente sensacional. Haría mucho ruido, se dijo, y su nombre seria aireado en todo el mundo, aunque la gloria del descubrimiento correspondía en realidad al difunto Summerstein. Lo diría así y...

De pronto, vió a Muriel, que bajaba del primer piso, llevando en las manos una cestita de mimbre, cubierta con un paño.

Había una luz extraña en los ojos de la muchacha. A Thewell le pareció una iluminada.

—Está a punto de nacer —dijo ella con voz estrangulada por la emoción.

—¿Nacer? ¿Qué? —respingó el joven.

Muriel dejó la cestita sobre la mesa y se sentó.

—Lo encontré pocos días antes de que llegases tú por primera vez —explicó—. Pensé que se trataba de una burbuja de barro fósil, pero era un huevo. ¡Hal. es el huevo de un ser extraterrestre y está a punto de nacer!

—Dios, no es posible...

Lentamente, Muriel apartó el paño y dejó la cesta al descubierto.

Thewell sintió que los ojos se le salían de las órbitas. El huevo medía ahora más de treinta centímetros y en la cáscara se advertían unas grietas muy finas, que indicaban la inminencia de la eclosión.

—¿Estaba... allí, donde aterrizó la nave?

—Si, Hal, allí lo encontré, por casualidad.

Muriel relató la forma en que se había producido el hallazgo. Thewell se sentía anonadado.

—Es fantástico —calificó—. Pero, ¿cómo no me lo dijiste antes?

—Hasta el regreso de la Universidad, no tuve la seguridad de mis presentimientos. En menos de una semana, duplicó casi su tamaño y... ¡Mira, se está abriendo! —gritó Muriel, terriblemente excitada.

La cáscara crujió tenuemente, pero haciendo el ruido suficiente para que pudieran oírlo. Thewell, pasmado, agarró una silla y se sentó junto a la muchacha.

Transcurrieron unos minutos. Los crujidos, continuaban.

De pronto, la cáscara se abrió en varios trozos y el ser que estaba en su interior quedó a la vista.

* * *

Parecía un reptil antediluviano, disminuido de tamaño centenares de veces. Ahora medía poco más de diez centímetros de largo, pero todos los detalles de su estructura corporal eran asombrosamente visibles.

Tenía el cuello largo, las patas relativamente cortas y una cola que medía aproximadamente lo mismo que el cuello. Los ojos, diminutos, miraban constantemente a todos lados.

El cuerpo, sin embargo, no era tan alargado como el de una lagartija terrestre, sino algo más grueso, con una espina dorsal

externa, compuesta por una doble hilera de escamas triangulares. El color era rojizo en la parte superior y blanco verdoso en la inferior.

Thewell y la muchacha estaban fascinados por aquel indescriptible espectáculo. No se atrevían a hablar; conteniendo el aliento, observaban fijamente los todavía torpes movimientos del ser.

Pasaron unos minutos. De pronto, el reptil consiguió mantenerse sobre sus patas. Entonces, movió el cuello y mordió parte del interior de la cáscara del huevo.

—Se está alimentando —dijo Muriel.

Thewell asintió. Era fácil ver el interior de la cáscara, en la que se advertía una sustancia gelatinosa, de color blanquecino y que tenia al menos un centímetro de espesor. El reptil consumió alrededor de dos centímetros cuadrados y luego con gestos evidentemente satisfechos, abandonó el trozo de cáscara en que se hallaba.

Muriel había puesto el huevo en una capa de algodón, situada sobre el fondo de la cestita. El diminuto ser prehistórico dio un par de vueltas, se tendió sobre el cálido algodón, se enroscó y cerró los ojos.

—Vaya, se ha dormido —exclamó Thewell.

Muriel sonrió con ternura.

—Es precioso, ¿no te parece? Pero hay algo que no me explico. El, sin duda, crecerá, porque se alimentará. En cambio, ¿por qué el huevo creció tanto? Los huevos de las aves y de los reptiles terrestres no crecen que yo sepa.

—Hay, tal vez, una explicación. El huevo quedó librado de su ganga de tierra cuando tú lo encontraste. Había permanecido miles de años aislado por completo de la atmósfera terrestre. De pronto, sale a la superficie y entra en contacto con el aire. Tal vez se «alimentó» de la misma forma que se alimentan las plantas, combinando el oxigeno de la atmósfera… Recuerda: fotosíntesis.

—Es probable —respondió la joven—. Y su especie debe de ser muy previsora. Fíjate, dentro del huevo tiene alimento para varios días.

—El problema será darle de comer cuando haya termina do con la cáscara —dijo Thewell—. Me pregunto qué alimentos terrestres le sentarán bien.

—No tardaremos mucho en saberlo, Hal.

La señora Shannon entró en aquel momento. Vió el espectáculo y lanzó un chillido.

—¡Muriel! ¡Tira inmediatamente esa asquerosa lagartija!

La joven alzó sus ojos.

—Mamá, lo siento, pero no es una lagartija y no pienso tirarla —contestó—. Es un animal extraterrestre, nacido del huevo que encontré hace un año, y pienso conservarlo mientras me sea posible. ¿Entendido?

Eileen miró a Thewell. El joven profesor sonrió.

—Dice la verdad, señora —agregó como complemento a las palabras de Muriel.

—Bueno, con tal de que lo quiten de mi vista... El almuerzo está listo, muchachos. No lo dejéis enfriar o lo tiraré a los cerdos.

—Si lo hiciera, dejaría a Muriel huérfana de madre —dijo Thewell con acento fingidamente truculento.

El saurio extraterrestre había nacido a las once y treinta y dos minutos. Tres horas más tarde, despertó y emitió un ligero sonido, agudo, pero no chirriante, sino más bien agradable:

—¡Tikki!

Luego empezó a comer.

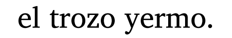
—Le llamaré así, Tikki —dijo Muriel, entusiasmada.

Thewell entornó los ojos.

—Muriel, los cocodrilos y los caimanes, cuando nacen, tienen más o menos este mismo tamaño. ¿Qué harás si un día se te planta en los cuatro o cinco metros de largo?

—Tardará mucho tiempo. Quizá, entonces, sea ya abuela —sonrió la muchacha—. Los saurios son animales de crecimiento muy lento, Hal.

—Sí, tienes razón —Thewell se acarició la mandíbula—. ¿Sabes?, se me ha ocurrido una hipótesis. Tú encontraste el huevo en


el trozo yermo.

—Eso es.

—Creo que la nave extraterrestre no era sino el vehículo en que viajaba el huevo. Chocó contra el suelo con demasiada fuerza, se desintegró...

—Y, andando el tiempo, las convulsiones del planeta cubrieron esos restos, hasta que, tal vez miles de años más tarde. una gran riada arrastró la mayor parte de la tierra y dejó el valle tal como es en la actualidad.

—Es una teoría perfectamente viable, ¿no te parece?

—Como sea, Tikki ha nacido y yo lo encuentro adorable. ¡Es precioso! —dijo Muriel, arrobada.

Su madre no era de la misma opinión y lo encontraba espantoso. El señor Shannon, más flemático, admiró un poco al «bicho» y se encogió de hombros.

—A fin de cuentas, estudia en la Universidad —dijo—. ¿Por qué no dejar que saque consecuencias prácticas de sus estudios?

El peón, Tommy Shaffee, vió también al reptil y dijo que estaba cansado de ver iguanas y bestias semejantes y que Tikki no tenía nada de particular.

—Pero cuando sea un poco mayor, se podrá hacer con él un asado sabrosísimo —añadió.

Muriel, furiosa, le tiró un plato a la cabeza. Shaffee huyó, riendo desaforadamente.

Aquella misma tarde, midieron y pesaron a Tikki, tenía diez centímetros y medio de largo y pesaba veintidós gramos. Una vez, Muriel le acercó su índice y el reptil lo mordisqueó muy suavemente. Luego apartó la cabeza y se dedicó a la gelatina de la cáscara.

En los días sucesivos, Tikki creció con sorprendente rapidez. Una semana más tarde, medía veinte centímetros de largo y pesaba más de cien gramos.

Había terminado ya con la gelatina de la cáscara. Muriel y el joven se preguntaban qué le darían de comer, cuando, de pronto, le

vieron arremeter contra la misma cáscara.

Thewell había abandonado casi sus excavaciones, para observar el crecimiento del reptil. Cuando le vió comer directamente la cáscara pelada, se dio un golpe en la frente, buscó unas pinzas y separó un trocito de un centímetro cuadrado.

—Tengo un amigo biólogo —dijo—. Se lo llevaré para que lo analice.

—¿Cuando? —preguntó Muriel.

—Mañana mismo.

—Está bien, pero no le digas nada...

—Descuida, ya sabré encontrar una excusa conveniente.

* * *

Muriel había comprado una cesta mayor, que alfombró con un trozo de piel de conejo, cosa que pareció ser muy del agrado de Tikki. La cesta quedaba junto a su cama. Tikki no molestaba durante las noches. Dormía de un tirón, desde el ocaso al alba, y entonces emitía su típico grito, lo que indicaba iba a tomar el primer alimento del día.

La cáscara se había acabado ya y Muriel se devanaba los sesos, pensando qué le daría de comer al día siguiente. De pronto se le ocurrió que un huevo de gallina podía ser un buen sustitutivo del primer alimento y se llevó uno a la mañana siguiente, para dárselo cuando se despertase.

Abrió los ojos muy temprano. Lo primero que hizo fue ladear el cuerpo para ver la cestita. Tikki no estaba en ella y el corazón se le paró.

—Dios mío, se ha marchado...

—¡Tikki!

Muriel se sentó de golpe. El reptil estaba sobre la cama, en los pies, sentado sobre sus patas traseras, mirándole con sus maliciosos

ojillos negros.

Muriel sonrió. Había dormido con ella, como un perrito fiel...

—Tengo comida para ti —dijo.

Tikki saltó al suelo y se acercó al plato en que ella había roto el huevo. Muriel le contemplaba ansiosamente.

El reptil olisqueó lo que había en el plato. Luego, de pronto, empezó a comer.

El huevo desapareció en pocos minutos. Muriel le ofreció un trozo de cáscara. Tikki se lo comió. «Gritó», pidiendo más, pero se sintió satisfecho con la mitad de la cáscara Muriel, muy contenta, por haber resuelto momentáneamente un grave problema, fue al baño.

Luego bajó al comedor a desayunar. Su madre lanzó un chillido.

—¡Muriel!

—¿Qué sucede, mamá? —preguntó la muchacha.

Eileen señalaba algo a sus espaldas. Muriel se volvió. Tikki descendía las escaleras tras ella.

—Pobrecillo, me sigue como un perrito fiel...

Muriel se calló de pronto. En aquella noche, Tikki había crecido al menos cinco centímetros.

Lo comprobó unos momentos más tarde. Tikki había crecido cinco centímetros y cuatro milímetros.

Y ya pesaba casi trescientos gramos.

—¿Hasta cuándo seguirá creciendo? —se preguntó.

CAPÍTULO IV

Hal Thewell regresó dos semanas más tarde. Muriel estaba sentada en el porche, repasando el contenido de un libro, y se levantó inmediatamente al ver el coche.

—¡Hal! —gritó.

Thewell se apeó de un salto.

—Hola, encanto —dijo—. ¿Cómo anda todo por aquí?

—Bien —sonrió ella—. ¿Qué tal los análisis?

—Nada que no tenga la cáscara de un huevo de gallina. Incluso la gelatina tiene la misma composición que la clara de huevo. ¿Cómo está Tikki?

Muriel le miró de una forma especial. Había una chispa de malicia en sus ojos.

—Lo tienes detrás de ti —contestó.

—Thewell se volvió.

—Dios mío, es inconcebible...

El reptil, que no había variado de forma en absoluto, medía ahora más de un metro de la cabeza a la cola. Su altura era de cuarenta centímetros y, lo dijo Muriel, pesaba ya doce kilos bien corridos.

—En dos semanas... ¿ha podido crecer tanto? —dijo el joven, cuando hubo recobrado el habla.

—A veces, pienso que le veo crecer a simple vista —declaró Muriel.

—Tikki —chilló el saurio.

Muriel se acercó y le acarició la cabeza. El reptil chilló varias veces, evidentemente complacido.

—Come de todo —añadió—. Incluso vegetales, pero no se acerca a las gallinas, como temíamos en un principio. Come carne picada, huevos crudos, lechuga, espinacas, manzanas...

Thewell se sentía pasmado.

—Y te ha tomado cariño —exclamó.

—Me obedece como un perro fiel —dijo Muriel satisfecha.

Con cierta aprensión, Thewell se acuclilló junto al saurio. Le pareció como si el animal sonriese al verle. Tímidamente, alargó la mano y le acarició el lomo, junto a la doble hilera de placas triangulares situadas sobre la espina dorsal.

Al animal pareció gustarle la caricia.

—Tikki —chilló.

—Es... bueno, no sé cómo describirlo —dijo el joven—. Me parece un sueño...

—Aquí, en casa, se sienten un poco nerviosos, aunque ya se van acostumbrando —explicó Muriel —. Mamá, sin embargo, no acaba de fiarse del todo de él. Pero lo tolera, que es lo importante.

Thewell pasó la mano otra vez por la rugosa piel del reptil. De pronto, notó algo, en la unión de la pata izquierda con el cuerpo.

—Tiene aquí un pequeño bulto —dijo.

—Sí, hace días que se le nota, aunque no parece estorbarle en absoluto. También tiene otro al lado contrario. Hal, no sabemos nada de estos seres, ni de dónde vienen, ni cuál es su metabolismo, ni su forma de reproducción… Pero si es ejemplar único… No sé si entiendes lo que quiero decirte.

El joven se irguió.

—Te comprendo perfectamente —repuso—. Para tus du das, sin embargo, sólo hay una solución: dejar pasar el tiempo.

—Y esperar a ver qué ocurre.

—Exactamente. Dime, aparte de nosotros, ¿quién más conoce la existencia de Tikki?

—Nadie más. Cuando viene alguien, lo escondo en mi habitación.

—¿Qué me dices del peón?

—¿Tommy Shaffee? Oh, es un hombre muy discreto. Hablé con él y me prometió que no lo diría a nadie.

—Muriel, sería terrible que la gente invadiese tu granja. Tenemos que mantener oculta la existencia de Tikki, a toda costa. Estos días, además, he estado en el Museo Paleontológico. Hablé con el director, amigo de mi padre. Le hice un dibujo de Tikki y me dijo que en la Tierra no había existido jamás un animal semejante, aunque era evidente que tenía cierto parecido con algunos de los grandes saurios que existieron en el planeta, durante la Era Secundaria.

—¡Hal! —se alarmó la muchacha—. Ese científico puede propagar la noticia…

—Oh, no tengas cuidado. Le dije que el dibujo era de un amigo mi, para unas ilustraciones de un «comic» fantástico, y que sólo quería saber si era viable desde el punto de vista biológico. El director se echó a reír, dijo que mi amigo poseía una fantasía envidiable…

Eileen se asomó en aquel momento a la puerta.

—¿Ya de vuelta. Hal? —exclamó—. ¿Te quedarás a cenar con nosotros?

Thewell agitó la mano.

—Será un placer, señora Shannon —contestó, luego se volvió hacia la chica—. Muriel, ¿dónde se queda Tikki por las noches?

—Duerme en mi habitación —contestó ella.

—Como un perro fiel.

—Exactamente.

* * *

En los quince días siguientes, el tamaño de Tikki se duplicó.

Muriel empezó a tener dificultades para alimentarlo. Los gustos del animal, por fortuna, eran notablemente eclécticos y consiguió desviar su atención hacia las laderas de las colinas, en donde abundaba el césped. Pero el apetito del animal era insaciable y la muchacha supo que muy pronto iba a tener complicaciones.

A primeros de agosto, Tikki media ya cuatro metros de largo por casi dos de altura y consumía ingentes cantidades de forraje. Pero, a veces chillaba, porque quería algo más sustancioso. Muriel fue un día al pueblo y se trajo seis corderos congelados.

La carne duró menos de tres días. Eileen, su madre, empezó a mencionar el zoológico como inevitable destino para el saurio. «Cualquier zoológico, no me importa dónde esté, con tal de que te lleves esa horrible bestia de aquí», le había dicho en más de una ocasión.

Muriel se resistía. Tikki ya no podía dormir en su alcoba, lógicamente, por lo que el saurio pernoctaba en un cobertizo cercano, del que se habían evacuado los aperos y utensilios que contenía hasta la fecha.

Sin embargo, Tikki se comportaba con una docilidad y una mansedumbre extraordinarias. Los perros no le temían, aunque hacía tiempo que habían dejado de fugar con él. Una noche, sin embargo, media docena de zorros intentaron asaltar el gallinero.

Los perros fracasaron en su empeño de detener a tan astutos animales. Dos de los zorros atrajeron hacia sí a los canes, con lo que

los cuatro restantes quedaron libres para el asalto. Entonces, Tikki, en un santiamén, eliminó a los cuatro.

Y se los comió, casi en otros tantos bocados.

En la segunda quincena de agosto, Tikki media ya ocho metros, del hocico a la cola, y tenía una altura, del suelo a la cruz, de tres metros y medio. Muriel y Thewell observaban, pasmados y aterrados, el asombroso desarrollo del saurio.

—¿Hasta cuándo seguirá creciendo? —dijo él.

A primeros de septiembre, Shaffee, el peón, se despidió del empleo.

—No puedo seguir trabajando aquí —declaró—. Sueño con ese monstruo, incluso cuando estoy despierto. Es verdad que es dócil, amable y cariñoso, pero cada vez que se me acerca y frota su morro contra mi espalda, me da un ataque al corazón. No, señor Shannon, yo quiero vivir muchos años, lleno de paz y de calma. Págueme mi salario y busque a otro que pueda soportar a esa bestia.

Porque Tikki media ya doce metros de largo por cinco de altura. Y ahora se veían los dientes de su boca, semejante a las fauces de un tiburón, con dos aterradores colmillos en la mandíbula superior, que medían no menos de treinta centímetros de largo y que, como habían tenido ocasión de comprobar los moradores de la granja, eran capaces de perforar una plancha de hierro de cinco centímetros de grosor, tan fácilmente como si hubiese sido de manteca.

El señor Shannon se puso serio con su hija.

—Lo siento, Muriel, esto ya no puede seguir un día más—, dijo firmemente, a la hora de la cena—, O tomas una decisión o la tomo yo. Pero no podemos continuar manteniendo a Tikki ni un día más.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas. Sabía que su progenitor tenía razón, pero, por otra parte, le dolía enormemente desprenderse de Tikki, cuya fidelidad y cariño había tenido ocasión de comprobar en infinidad de ocasiones.

Pero era preciso resignarse a la separación.

—Papá, déjame veinticuatro horas más —pidió—, Hal vendrá pasado mañana. Ha ido a la Universidad y… Necesito que me aconseje, por favor.

—Está bien —cedió Shannon—. Cuarenta y ocho horas, pero ni un minuto más.

Ninguno de los miembros de la familia Shannon sabía que aquella noche, Shaffee, el peón, empezaba a tomarse unas cuantas copas de más. Cerca de la media noche, con una borrachera imponente, Shaffee, se puso a hablar de Tikki.

En el primer momento, nadie le creyó, pero Dudley Gowan, dueño del supermercado, recordó que, en los últimos tiempos, Muriel le había comprado ingentes cantidades de carne de cordero. Al día siguiente, Gowan habló con el alcalde del pueblo y mencionó el asunto.

* * *

En la tarde de aquel día, dos granujas, llamados Frisco Marr y Buck Bendle, contemplaban la granja de los Shannon. ocultos tras unos arbustos, a menos de mil metros de distancia.

—Tienen perros —dijo Marr.

—He traído carne picada, con narcótico. Se la dejaré a cierta distancia. Los perros la olerán y vendrán a comerla. Antes de la media noche, estarán dormidos como leño:

—Pero, ¿qué diablos vamos a encontrar ahí, Buck?

—Esos granjeros siempre tienen «pasta» guardada en casa. Son gente primitiva; no confían demasiado en los bancos. Además, sé que los Shannon han progresado mucho en le últimos tiempos. Es probable que tengan cubiertos de plata para las grandes ocasiones. Habrá un par de relojes de oro y... bueno, he gastado en la carne nuestros últimos centavos. Si no «limpiamos» la granja, no podremos dar el próximo golpe.

—Bueno, si estás tan seguro... —dijo Marr, no demasiado convencido, pese a todo. Pero estaban desesperados y el saqueo de la casa de los Shannon era la única salida para su crítica situación.

Pasadas las diez de la noche, Bendle se acercó cosa de seiscientos metros, dejó esparcidas una docena de bolas de carne y

luego se retiró prudentemente.

Merced a la luz de la luna, pudieron ver el banquete que se dieron los perros. Un cuarto de hora más tarde, los tres canes yacían inconscientes sobre la hierba.

—Vamos —susurró Bendle—. Es la hora.

Los dos granujas iniciaron el descenso hacia la granja Cuando llegaban a los primeros edificios, oyeron un extraño resoplido.

Marr sintió que los pelos se le ponían de punta.

—Oye. Buck, eso… parece un elefante…

—¡Elefante! —resopló el otro—. Estás loco…

Bendle dio dos pasos. De repente, una enorme cabezón asomó por la próxima esquina, a cuatro metros del suelo

El sujeto no lo pudo resistir y lanzó un espantoso chillido. Marr se asomó, vió al monstruo y se desmayó en el acto

Bendle, más fuerte, dio media vuelta y consiguió escapar dándose con los talones en las posaderas. Marr quedó en el suelo, mientras Tikki le olisqueaba curiosamente.

El grito de Bendle había despertado a los moradores de la granja. La primera en acudir fue Muriel, quién vió al saurio junto a una figura humana tendida en el suelo.

—¡Tikki, atrás! —ordenó.

El saurio obedeció. Marr se sentó en el suelo, vió aquella colosal figura y volvió a caer hacia atrás.

—Llévese a ese horrible bicho…

El señor Shannon acudía ya, escopeta en mano.

—¡Muriel, aparta al saurio —rugió.

La chica golpeó a Tikki en una de sus patas.

—Vamos, vamos…

Tikki emitió un sordo resoplido. Marr se había puesto en pie y

tenía las manos en alto.

—No tire, señor —suplicó—. Sólo queríamos buscar algo de comida... Estamos sin trabajo y...

Shannon le miró con recelo.

—Sí, y seguramente, has narcotizado a mis perros, ¿verdad? Porque no los he oído ladrar. ¿O es que te crees que no tengo experiencia con los ladrones de granjas?

—Bueno, verá, señor... Pero ese monstruo nos lo impidió.

—Papá, déjalo que se marche —pidió Muriel, que habia vuelto al mismo sitio—. No ha conseguido nada y Tikki, has podido verlo, nos ha resultado mil veces mejor defensor que los perros.

—Sí, pero, ¡a qué costo! —se escandalizó el señor Shannon, que no hacía más que pensar en la increíble cantidad de alimentos que consumía Tikki—. Está bien, lárgate, miserable. Y no vuelvas más por aquí, o te haremos servir de alimento para ese animal.

Marr no se lo hizo repetir dos veces y desapareció en las tinieblas. Shannon se volvió a continuación hacia su hija.

—No lo olvides, Muriel. Tienes tiempo hasta que regrese Hal.

—Sí, papá —contestó ella, con los ojos llenos de lágrimas. Porque sabía próxima la separación y no encontraba medio alguno de evitarlo.

* * *

Thewell llegó alrededor de las diez de la mañana. Tikki salió a su encuentro. El joven contempló en silencio al colosal saurio, que media ya dieciséis metros de largo por casi ocho de altura.

—Fantástico —murmuró al cabo.

Muriel le miró acongojadamente.

—Hal, tengo que separarme de él —dijo.

—No lo quieren tus padres —adivinó el joven.

—Su mantenimiento les resulta insoportable. Ya no cabe en ninguna parte, aunque, por fortuna, no le importa dormí al aire libre. No sé qué hacer, francamente…

—Es un problema de difícil solución, en efecto —convino Thewell—. Con más tiempo, yo compraría un trozo de terreno en algún lugar retirado y lo llevaríamos allí. Nadie lo vería y podríamos aguardar perfectamente a que terminase su desarrollo. El problema, naturalmente, sería su alimentación, pero ya veríamos de solucionarlo.

—Si tengo hierba y agua, es suficiente. Claro que la carne me gusta muchísimo, pero no es imprescindible para mí su pervivencia. Y, en caso necesario, puedo extraer del suelo los elementos precisos para mi alimentación.

Después de estas palabras, se produjo un indescriptible momento de silencio.

Thewell y la muchacha se miraron fijamente, sin atreverse a volver la vista hacia Tikki, situado a cuatro pasos de distancia. De pronto, Muriel se puso a temblar.

—Oh, Hal… Habla… y coordina las ideas, como un ser inteligente…

—Es que lo soy —dijo Tikki—. Hal, tienes que sostenerme… No me aguantan las piernas…

Thewell frunció el ceño.

—Tikki, si es cierto que eres inteligente, ¿por qué no has hablado antes?

—Tenía que aprender bien vuestro idioma, ¿no?

—Lo hablas maravillosamente, es cierto. Pero, sin duda sabrás muchas cosas de tu especie. Espero que quiera contárnoslas.

—Va a ser un poco difícil —respondió el saurio—, Vienen a buscarme. Quieren destruirme.

Muriel lanzó un chillido.

—¡Tikki! ¿Qué tonterías estás diciendo?

—Mira —dijo Tikki.

Muriel y el joven volvieron la cabeza. A unos tres kilómetros de distancia, se divisaban varios coches, que se acercaban a la granja, por el serpenteante camino que permitía viajar hasta el pueblo. Las nubes de polvo que dejaban tras sí los coches se elevaban perezosamente en la clara atmósfera de la mañana y tardaban mucho en volver a posarse.

—Vienen a buscarlo. Lo matarán —se aterró la chica.

—Pero, ¿cómo se han enterado...? —preguntó Thewell, frunciendo el entrecejo.

Eileen asomó en la puerta de la casa.

—Hija, viene gente y traen armas de fuego —informó, con los prismáticos en la mano.

Muriel puso una mano en el brazo del joven.

—Hal, tenemos que hacer algo...

—Sólo hay una solución —respondió Thewell—. Huir con Tikki.

—Me gusta la idea —dijo el saurio.

—Pero no tenemos ningún vehículo capaz de transportarlo...

—Parece que olvidáis el insignificante detalle de mis cuatro patas. Puede que tenga forma de reptil, pero no soy una serpiente —dijo Tikki con aire de ofendida dignidad.

—¡Está hablando! —chilló la señora Shannon.

—Sí, mamá; es un ser inteligente —confirmó su hija.

—Dios nos valga... ¿Qué monstruo hemos albergado en nuestro seno? —dijo Eileen melodramáticamente.

—Mamá, no seas ridícula, Tikki es el ser más bueno que jamás he conocido en mi vida.

—Gracias, encanto —contestó el saurio.

Thewell volvió a mirar hacia lo lejos.

—Hemos de darnos prisa —exclamó—. Esos tipos están ya a menos de dos kilómetros. Tikki, ¿puedes galopar?

—Mejor que el mejor ganador del Derby.

—Y... ¿podrás llevarnos a nosotros?

Muriel lanzó un chillido.

—Hal, ¿qué disparate se te ha ocurrido?

—Puesto que no podemos llevar a Tikki, Tikki nos llevará a nosotros —contestó el joven.

El saurio bajó la cabeza y alargó el cuello, que medía no menos de tres metros.

—Vamos, arriba. ¡Todos... a... booordo...!

Muriel meneó la cabeza y se sentó a horcajadas en el cuello, que tenía algo más de un metro de grosor. Thewell corrí hacia su coche, hurgó en su interior y regresó junto a la muchacha.

El cuello de Tikki era cálido y relativamente blando. Además, tenía unas cerdas muy largas, como crines, que les sir vieron de asidero para evitar caídas inoportunas.

La señora Shannon tenía los ojos fuera de las órbitas

—Muriel, hija, ¿no te llevas siquiera una muda de ropa?—dijo maternalmente.

—No hay tiempo, mamá —contestó la muchacha—, Tikki, estamos listos.

El saurio se enderezó. Sus dos jinetes estaban ahora a nueve o diez metros del suelo.

—Sujétense los cinturones —dijo Tikki—. Iniciamos e despegue.

—¡Cielo santo, qué lenguaje! —se espantó Thewell.

Pero no pudo seguir haciendo más comentarios, porque el saurio arrancó a correr, con una velocidad que les hizo pensar estaban realmente a bordo de un avión.

CAPÍTULO V

—El animal, inexplicablemente hallado en una granja del condado de Sonita, tiene todo el aspecto de uno de los dinosaurios de la Prehistoria y mide casi veinte metros de largo por ocho de altura. Es terriblemente peligroso, por lo que aconsejamos a todas las personas que puedan encontrarse en su camino, se aparten con el máximo de precauciones...

—A todas las unidades, de tierra y de aire. Escapado dinosaurio de la granja de Shannon, de Sonita. Lleva a dos personas. Es muy peligroso. Tírenle preferentemente a la cabeza, pero nadie que no lleve rifle deberá dispararle. Se distribuirán fusiles de caza...

—¡Por todos los diablos! —gritó Thewell, que escuchaba mediante el pequeño aparato de radio que se había traído de su coche —, ¿Es que se han vuelto locos?

Cambió a otra emisora. Una voz conocida de los jóvenes brotó inmediatamente del altoparlante:

—Sí, en efecto, ella lo crió. Parece ser que encontró un huevo, que incubó durante algo más de un año... Yo vi al bichito a los pocos días y parecía una lagartija... Pero en otro año, ha alcanzado un tamaño gigantesco... ¿Peligroso?

No lo sé; yo por si acaso, nunca me acercaba a él…

—Muchas gracias, señor Shaffee —dijo el locutor de radio que entrevistaba al ex peón de la granja.

—¡Traidor! —exclamó Muriel, furiosa.

—No se lo reproches —gritó Tikki—. Seguramente, le habrán dado dinero por dejarse entrevistar.

—Conoces mucho nuestras costumbres, ¿eh? —comentó Thewell irónicamente.

—He tenido tiempo de aprenderlas —respondió el saurio con modestia.

—Es un animal de valor inapreciable —dijo un científico que también estaba siendo entrevistado en otra emisora. No se le debe matar, sino que es preciso capturarlo, en interés de la ciencia…

—A juzgar por las descripciones que tengo —declaró otro científico—, yo diría que se aproxima más al brontosaurio.

—La Jefatura de Policía de Sonita ofrece mil dólares de recompensa a la persona que dé información que permita la captura del peligroso animal.

—Está absolutamente domesticado —dijo la señora Shannon —. No ofrece ningún peligro.

—¡Bravo, mamá!

—Si me entero de que alguien le causa el menor daño Tikki, sea quien sea, le demandaré ante los tribunales —aseguró, furioso, el señor Shannon.

—Ah, ¿se llama Tikki? —dijo el reportero de radio.

—Estamos ante el hecho más notable de la historia natural. Un animal prehistórico, nació de un huevo, fue criado por una encantadora muchacha y…

—El ser llegó del espacio. El profesor Thewell, con cuya amistad me honro, llevaba más de dos años continuando las investigaciones del difunto doctor Summerstein sobre una nave que aterrizó precisamente en terrenos de la granja Shannon…

—Butler es un chivato —dijo Thewell furiosamente, refiriéndose al científico entrevistado—. Me prometió guardar secreto, pero no ha podido resistir a la tentación de la publicidad.

—Y probablemente, el huevo del que nació el saurio, vino en esa nave… —continuó Butler.

—¿Es cierto eso, Tikki? —preguntó la chica.

—Sí —contestó el saurio escuetamente.

—Hal, ¿por qué no cierras la radio? Todo lo que puedan decir, ya nos lo imaginamos. Sería mejor que nos concentrábamos en lo que hemos de hacer para escapar a la persecución, ¿no te parece?

Está bien —accedió el joven—. Hemos de hacer algo, pero ¿qué?

Llevaban ya varias horas galopando y Tikki no daba aún muestras de cansancio. De pronto, divisaron a lo lejos un espeso bosque de pinos ponderosa, de una altura mínima de veinte metros.

—Allí, Tikki —ordenó Thewell—, Es un buen lugar para escondernos durante la noche.

—Si sigue creciendo como hasta ahora, tendremos que escondernos en el Bosque Nacional Sequoia —gimió Muriel.

Los pinos les ocultaron poco después. Tikki se tendió en el suelo, replegando las patas bajo el cuerpo, y los dos jóvenes pudieron apearse.

Thewell miró a su alrededor.

—He visto un pueblo a cosa de cinco millas —dijo—. Tendré que ir a buscar provisiones y algo de ropa.

—Estoy sin blanca —declaró la muchacha.

—Ese no es problema. Tengo dinero suelto y tarjetas de Crédito.

—No las uses; tu nombre es conocido ya en todo el país.

—Si no hay otro remedio…Tikki ¿Tienes bastante comida con lo que hay por aquí?

—Claro. Ya dije que, en último caso, extraería los elementos esenciales del suelo —respondió el saurio.

—Tienes que contarnos muchas cosas de tu especie, pero ahora no podemos perder tiempo. Muriel, ¿cuáles son tus medidas?

Ella le dio el dato. Thewell se dispuso a marchar

—De todos modos, hemos oído demasiadas cosas de Tikki y de nosotros, pero eso no significa que todo el mundo esté enterado de lo que sucede. Lo digo para que te tranquilices y no pienses que, en cuanto entre en el pueblo, todos me van a señalar con el índice.

—Si, tal vez tengas razón —sonrió la muchacha.

—Traeré ropa y comida —dijo Thewell—. Muriel, ¿sabes a qué distancia estamos de tu casa?

—Cuatrocientos ochenta kilómetros —respondió Tikki. —Llevamos algo más de cuatro horas de viaje y he galopado una media superior a los ciento diez por hora.

Thewell y Muriel cambiaron una mirada.

—No cabe la menor duda; es superior a nosotros —di, él. a la vez que rompía a andar.

Agotada, Muriel se dejó caer en el suelo. Tikki apoyó cabeza en el pavimento de hierba cubierta de pinocha

—Apóyate en mí, te sentirás mejor —dijo.

Ella suspiró.

—Tikki, tú eres un ser de otro mundo. ¿Qué sientes al encontrarte en un planeta que no es el tuyo?

—Nostalgia —contestó el saurio—. Nostalgia de mi mundo.

* * *

El hombre entró pisando fuerte en el lujoso despacho y estrechó la mano que se le tendía. El ocupante del despacho le indicó una silla.

—Siéntese, señor Rogger —dijo—. ¿Desea tomar algo

—Whisky, por favor —contestó el visitante.

Rod Hunting fue al bar, llenó dos vasos y entregó uno a Rogger. Luego se sentó en el borde de la enorme mesa de trabajo.

—Amigo Rogger, si me permite llamarle así… —El visitante hizo un ademán amistoso y Hunting continuó su parlamento —. Conozco muy bien su fama y sé que no podría encontrar otra persona mejor para que se realicen mis proyectos. Aunque usted lo ignora, en realidad, hay muy pocas personas que lo saben, soy el propietario del «Zoo de las Maravillas», esa colección zoológica donde pueden encontrar se los especímenes que no se ven en ningún otro «Zoo» del mundo. Además, si conoce el Z.M.. como se le llama vulgarmente, sabrá que tiene una sección de circo, el mejor en toda la historia…

—Conozco bien el Z.M. —sonrió Rogger—. Por mi profesión, he tenido contactos con Willebrandt, el director técnico.

—Sí, pero el director financiero, al menos para empresas de altos vuelos, soy yo. Y Willebrandt no se habría atrevido por sí sólo a decirle lo que va a escuchar ahora.

—Muy bien, adelante, señor Hunting.

—Usted es un cazador profesional. Tiene una fama irreprochable. Nunca mata a sus presas, que captura para los distintos zoológicos del mundo. Su captura de la ballena azul le hizo aún más célebre. Usted sabe que esa ballena, de setenta toneladas, está ahora en un pequeño lago del Z.M.

Sí, Rogger lo sabía. Y había un trozo subterráneo del lago con una pared de vidrio, mediante la cual, los visitantes podían contemplar las evoluciones de la ballena en el interior del agua.

Hunting se inclinó de pronto hacia delante.

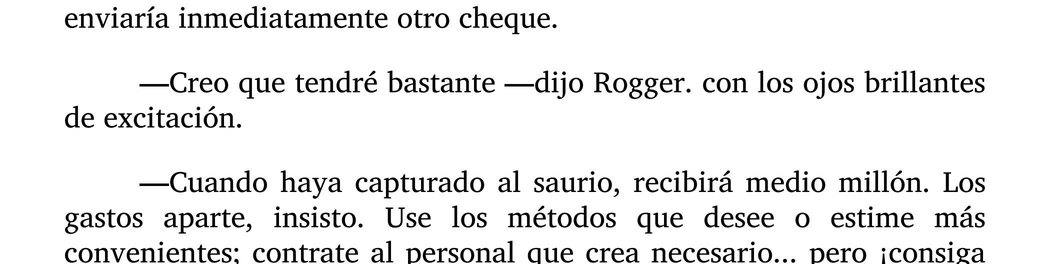
—¿Conoce las noticias sobre ese saurio extraterrestre?

Rogger saltó en su asiento.

—¿Quiere que yo…?

Hunting le entregó un cheque.

—No repare en gastos. Esto es sólo un anticipo. Si necesitase más, llámeme; le daré el número de mis dos teléfonos secretos, y le



enviaría inmediatamente otro cheque.

—Creo que tendré bastante —dijo Rogger. con los ojos brillantes de excitación.

—Cuando haya capturado al saurio, recibirá medio millón. Los gastos aparte, insisto. Use los métodos que desee o estime más convenientes; contrate al personal que crea necesario… pero ¡consiga el saurio para el Z.M.!

Rogger se puso en pie de un salto.

—Es la ocasión de mi vida y no la desaprovecharé —aseguró—. La recompensa es muy tentadora, pero lo haría gratis, si fuese preciso.

—No trabajará gratis, Rod —dijo Huntung riendo.

Había tenido una magnífica idea, pensó, al sentarse de nuevo detrás de su mesa de trabajo. Si había alguien capaz de capturar el saurio, era Rogger.

Y el saurio extraterrestre en el «Zoo de las Maravillas» sería un manantial de dinero que no se agotaría mientras viviese.

* * *

Anochecía ya cuando Thewell muy cansado, se despojó de la pesada mochila que llevaba a la espalda y la dejó caer al suelo.

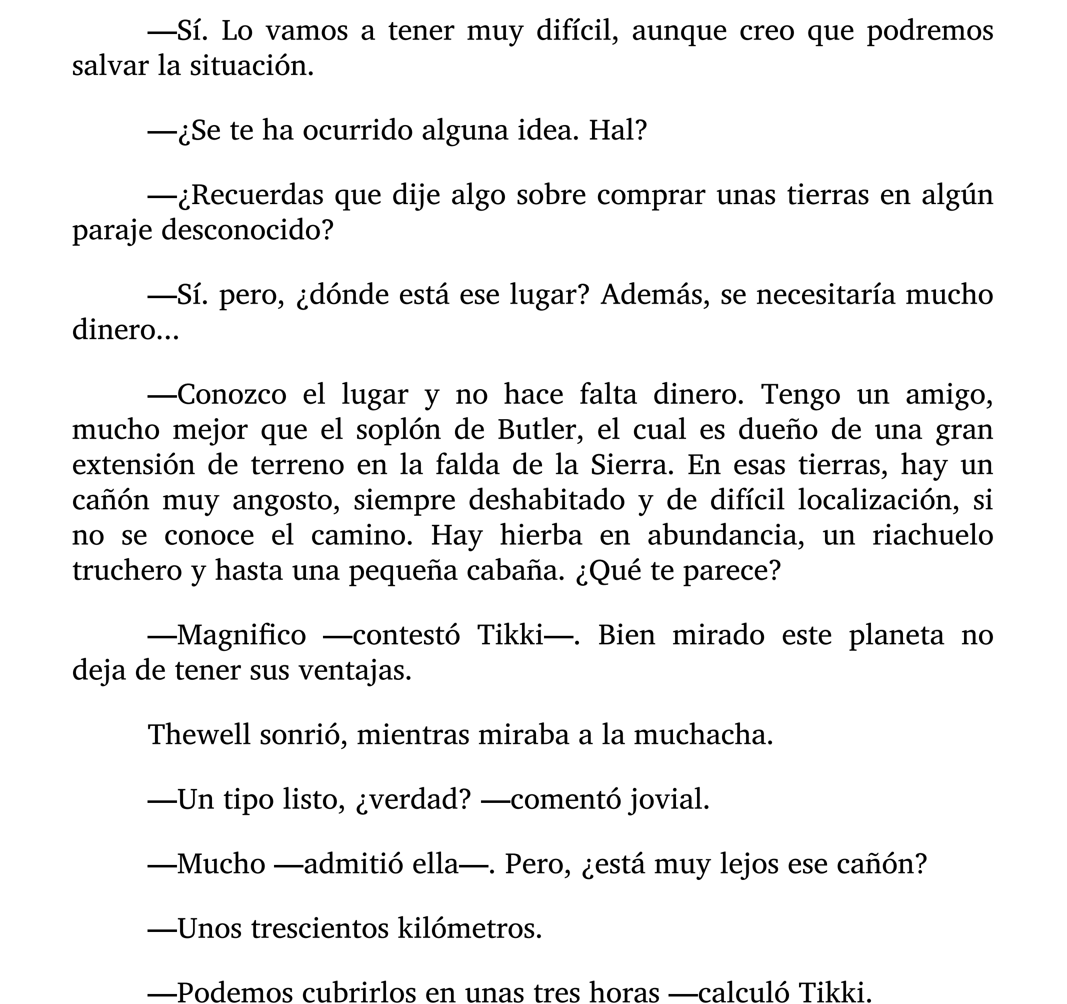
Había traído también una bolsa de lona, que puso en manos de la muchacha.

—Tu ropa —dijo.

—Gracias, Hal. ¿Algún inconveniente?

—Ninguno. Lo primero que hice fue comprarme unas gafas oscuras. Me atendió una mujer de edad, muy miope; luego fui al supermercado y nadie se fijó en mí. Pero te diré una cosa; ya hay fotografías nuestras pegadas por las paredes.

—Van rápidos, ¿eh? —dijo ella con sorna.



—Sí. Lo vamos a tener muy difícil, aunque creo que podremos salvar la situación.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea. Hal?

—¿Recuerdas que dije algo sobre comprar unas tierras en algún paraje desconocido?

—Sí. pero, ¿dónde está ese lugar? Además, se necesitaría mucho dinero...

—Conozco el lugar y no hace falta dinero. Tengo un amigo, mucho mejor que el soplón de Butler, el cual es dueño de una gran extensión de terreno en la falda de la Sierra. En esas tierras, hay un cañón muy angosto, siempre deshabitado y de difícil localización, si no se conoce el camino. Hay hierba en abundancia, un riachuelo truchero y hasta una pequeña cabaña. ¿Qué te parece?

—Magnifico —contestó Tikki—. Bien mirado este planeta no deja de tener sus ventajas.

Thewell sonrió, mientras miraba a la muchacha.

—Un tipo listo, ¿verdad? —comentó jovial.

—Mucho —admitió ella—. Pero, ¿está muy lejos ese cañón?

—Unos trescientos kilómetros.

—Podemos cubrirlos en unas tres horas —calculó Tikki.

—Te equivocas. Por la noche no podrás correr tanto, porque, como puedes comprender, no vamos a viajar de día. Además, la distancia mencionada es en línea recta y tendremos que dar muchos rodeos, para eludir centros poblados. Por fortuna, he comprado mapas también y podremos orientarnos sin dificultad.

—Poseo una visión nocturna excelente —dijo el saurio.

—Sí, pero también desconoces un poco la Tierra, pese a lo que puedas haber aprendido. Y en nuestro caso, todas las precauciones son pocas —alegó Thewell.

—Tienes mucha razón —convino Muriel—. Sólo tengo que

hacer una objeción, que es más bien una consulta al futuro. ¿Vamos a tener a Tikki eternamente escondido en el cañón? —No —

contestó sorprendentemente el saurio.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Thewell, muy extrañado. —Eso es algo que, por el momento, no puedo revelar. Pero ya lo sabréis algún día. Bien, ¿emprendemos la marcha? Thewell señaló hacia la mochila.

—¿Nos permites cenar? —consultó.

Por supuesto —accedió Tikki con benévolo acento.

CAPÍTULO VI

Durante la noche, habían recorrido apenas la mitad del trayecto. Pese a las seguridades dadas por Tikki, Thewell no se había confiado por completo y prefirió hacer alto en varias ocasiones, a fin de evitar en lo posible encuentros inconvenientes.

Cerca del amanecer, decidieron hacer alto en el interior de un bosque de coníferas. Repentinamente, cuando menos lo esperaban, vieron brillar una potente luz en el cielo.

Un haz de rayos, procedente de un poderoso reflector, descendió de las alturas. Al mismo tiempo, se oyó una tonante voz:

—¡Quietos ahí! No se muevan o dispararemos.

—¡Nos han localizado! —gimió la muchacha.

—Deben de usar aparatos de visión nocturna —masculló Thewell.

La voz se dejó oír de nuevo.

—Habla la Policía del Estado de California. No queremos hacerles daño, a menos que nos obliguen a ello, pero tenemos órdenes de detenerles. ¿Lo han entendido bien?

—Diles que sí, Hal —indicó Tikki.

Thewell se puso las manos a ambos lados de la boca:

—Conforme, nos quedaremos quietos —gritó.

El helicóptero empezó a perder altura. Ahora ya podían ver su silueta. A través del altoparlante, se podían oír sin dificultad los excitados comentarios de los tripulantes del aparato:

—Increíble.

—Gigantesco, descomunal.

—La bestia más fantástica que he visto en mi vida...

—Doctor —dijo uno de los tripulantes—. ¿Tiene preparado el fusil de dardos narcóticos?

—Sí, estoy listo, capitán.

—Muy bien, lo haremos en el suelo… Profesor Thewell, señorita Shannon —dijo el oficial que mandaba la fuerza—, no queremos hacerles daño, ni a usted ni a la bestia que montan. Pero deben comprender que no se puede permitir que ese animal esté suelto. ¿Me han oído bien?

—Si —dijo el joven.

—¡Abajo, piloto!

El helicóptero continuó su descenso La luz del día aumentaba con enorme rapidez. Thewell y la muchacha resbalaron del cuello de Tikki, hasta pasarse en el suelo.

El helicóptero de la policía aterrizó al fin y media docena de hombres desembarcaron de inmediato, cinco de ellos armados con sendos fusiles. El sexto llevaba algo parecido a un pequeño cañón portátil.

—Ahí lo tiene, doctor —dijo el oficial—. Es suyo.

Muriel se mordió los labios. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Dormirían a Tikki y se lo llevarían... Ahora pesaba ya casi veinte toneladas, pero había helicópteros capaces de levantar cargas mucho más pesadas.

Tikki parecía tranquilo, contemplando los movimientos de los policías. De pronto, alargó el cuello y abrió la bocaza.

Se oyó una especie de bramido. Una fuerza invisible empujó al científico con tremenda potencia, lanzándolo a varios metros de distancia. Sonaron gritos de alarma.

Los policías tendieron sus fusiles, pero no tuvieron ocasión de emplearlos.

Tikki volvió a «soplar», moviendo la cabeza en semicírculo. Thewell se sentía fascinado. Era aire, exhalado de los pulmones del saurio, y que salía con una fuerza indescriptible, a la que nadie podía resistirse. Uno a uno, y en contados segundos, los cinco policías salieron despedidos a gran distancia, rodando sobre sí mismos como peleles, perdidas las armas, aturdidos y desconcertados.

Muriel observó que Tikki no quería causar daños a los policías. El médico, parcialmente repuesto, gateaba para recuperar su fusil lanza dardos.

Tikki dio unos cuantos pasos, agarró el tubo con las mandíbulas y, moviendo la cabeza violentamente, lo arrojó a cientos de metros de distancia. El médico se vió aquellas fauces a dos pasos de su cara y perdió el conocimiento.

Pero Tikki no había terminado aún. Dio un par de saltos y, alargando el cuello, asió el helicóptero por la parte del rotor, levantándolo en el aire, como si fuese papel. De nuevo volvió a mover la cabeza.

El aparato fue despedido a cincuenta o sesenta metros. Describió una parábola ascendente, que le hizo llegar a treinta metros del suelo, y luego se estrelló con tremendo fragor de metales destrozados.

A continuación Tikki se volvió hacia los dos jóvenes.

—Vamos, larguémonos —dijo.

Thewell reaccionó y empujó a la muchacha. Tikki bajó el cuello, para que pudieran cabalgar sobre él. Apenas los tuyo como jinetes, irguió la cabeza y lanzó una advertencia:

—Sujetaos bien.

Inmediatamente, arrancó a todo galope. Partió en línea recta, sin

desviarse un solo metro, a través del bosque, atropellando los árboles como si fuesen simples espigas de trigo. Con exquisito cuidado, movía el cuello a derecha e izquierda, para evitar que sus pasajeros sufriesen el menor daño.

Tikki abrió en el bosque un ancho surco de árboles tronchados o desgajados. Mil metros más adelante salió a terreno despejado y aceleró su ritmo de marcha.

—¡Al norte, al norte! —gritó Thewell de pronto.

Tikki se desvió hacia su derecha.

—¿Cuánto falta, Hal?

—Unos cien kilómetros...

—Estaremos allí dentro de una hora —afirmó el saurio.

* * *

Frank Dailey estaba trabajando en su granja. Había oído las noticias referentes a la bestia espacial, que se había escapado de su encierro, pero el suceso se había producido a gran distancia del lugar en que se encontraba. Dailey, por otra parte, se sentía escéptico acerca de los hechos.

Lo había comentado la víspera con su mujer. Debía de tratarse de algún periodista, ávido de sensacionalismo. No había animales procedentes del espacio. Y, en el mejor de los casos, no llegaría hasta su granja...

De repente oyó un sordo estruendo.

Estaba en su tractor, arando la tierra, y levantó la cabeza. Los dientes le entrechocaron inmediatamente.

Aquella bestia...

Corría directamente hacia él. Era mucho más grande de lo que hubiera podido imaginarse. Y tenía un aspecto verdaderamente aterrador.

Tikki, por supuesto, no pensaba hacerle el menor daño.

Cuando el saurio pasó por delante de su vehículo, Dailey sintió un agudo dolor en el pecho. Se estremeció un par de veces, puso los ojos en blanco y luego se inclinó lentamente a un lado, hasta rodar sobre la tierra blanda, en donde quedó completamente inmóvil.

La señora Dailey vió también al monstruo y, aunque llena de pavor, conservó la presencia de ánimo suficiente para llamar a la policía. Luego corrió fuera de la casa.

Su esposo yacía en el suelo, junto al tractor, lo primero que pensó Hannah Dailey fue que su marido se había desmayado de miedo.

Trágicamente, muy pronto salió de su error.

* * *

—La bestia espacial destruyó un helicóptero de la Policía, después de haber atacado a sus ocupantes, quienes a duras penas consiguieron salvar la vida... —dijo el locutor de radio.

—¡Mentirosos! —gritó la muchacha.

El locutor continuó:

—Ahora les va a hablar el capitán Johnson, oficial que mandaba la patrulla atacada. Capitán, por favor, ¿cuál es su impresión acerca de ese dinosaurio?

—Horrible. Esa bestia debe ser muerta inmediatamente.

—Gracias, capitán. Tenemos aquí al doctor Warren, quién había sido comisionado para tratar de capturar al dinosaurio, mediante dardos narcóticos. Doctor, en su opinión, ¿es peligroso ese animal?

—Donde mejor puede estar es en un museo, disecado —contestó Warren sin vacilar.

—Gracias, doctor. Pasamos ahora a entrevistar a otro de los miembros de la patrulla...

—¡Cierra esa maldita radio! —gritó Muriel. exasperada.

Tikki había refrenado considerablemente su velocidad y meneó la cabeza con aire pesaroso.

—Me parece que os estoy dando demasiados disgustos —dijo.

—Tú no tienes la culpa —respondió la chica—. A pesar de la época en que vivimos, la gente sigue siendo retrógrada...

—No les culpes —intervino Thewell con aire sensato—. Siempre ha sido así. Los hombres han tenido siempre miedo de lo desconocido y, en lugar de averiguar cómo podían dominar algo que no conocían, se limitaron a destruirlo.

—De todos modos, tengo la piel muy dura. Las balas y los dardos no podrían atravesarla —dijo Tikki.

—Hay cañones y serían capaces de usarlos.

—Eso ya me hace sentirme más aprensivo —confesó el saurio—. Si logramos llegar al cañón...

—Estamos a menos de diez kilómetros. Lo malo es que no tienes las patas precisamente de algodón. ¡Hay que ver. menudas huellas! —se asombró el joven.

—Estoy viendo un arroyo. ¿Os parece que camine por su lecho un rato?

—Buena idea —aprobó Muriel.

Momentos más tarde. Tikki se metía en el arroyo, que tenia cuarenta o cincuenta centímetros de profundidad media.

Había abundancia de álamos y chopos, lo cual dificultaría considerablemente la observación aérea.

Thewell conectó la radio poco después.

—Tenemos malas noticias que comunicar a nuestros oyentes —dijo el locutor—. Un granjero, Frank Dailey, vió a la bestia y sufrió un colapso cardíaco que le produjo la muerte en el acto.

—Lo que nos faltaba —clamó Thewell.

—Nunca me imaginé que... Lo lamento de veras —dijo Tikki,

apesadumbrado.

—Tú no tienes la culpa —insistió la muchacha.

—Pero considerarán que he causado la muerte a ese pobre hombre. E indirectamente, así es. Si yo no hubiera pasado por la granja, él no...

—Olvidas que yo te guiaba —dijo el joven.

—Íbamos los dos contigo —añadió Muriel.

—¿Queréis compartir responsabilidades, eh?

—Si alguien ha de pagar por ese lamentable suceso, somos nosotros —exclamó Thewell—. A fin de cuentas, somos terrestres, conocemos mejor las costumbres... Alegarán que debiéramos haberte llevado a un «zoo», donde habrías estado vigilado.

—Suponiendo que lo atrapen —dijo la muchacha.

—Eso sí es cierto —convino Thewell—. Porque, si no me engaño, estamos llegando ya al cañón y no creo que puedan encontrarnos en mucho tiempo.

El arroyo corría por el centro de una cañada, que se angostaba poco a poco. Las paredes se levantaban gradualmente, dando la sensación de que iban a cerrarse, cortándoles el paso, y todo ello, sin que escaseasen en ningún momento los árboles propios de la zona.

De pronto, se encontraron ante lo que parecía un espeso muro de vegetación.

—Modera el paso, Tikki. — Procura no derribar ningún árbol —dijo el joven.

Tikki obedeció. Un minuto más tarde, pasaban a través de un desfiladero de paredes rocosas, ocultas por los árboles que nacían a ambos lados del arroyo, con singular profusión. Caminaron cien metros más y de repente, se encontraron en el lugar deseado.

CAPÍTULO VII

—Aquí no nos encontrarán jamás —dijo Muriel, vivamente complacida.

Abundaban los farallones rocosos, mezclados con trozos de ladera muy pendiente, cubiertos de vegetación. Los bordes del cañón se elevaban por término medio a unos seiscientos metros por encima de sus cabezas y la anchura, en el punto máximo, apenas alcanzaba los mil metros. La longitud era de unos tres kilómetros y el extremo opuesto a la entrada estaba cerrado por una barrera montañosa que llegaba casi a los mil quinientos metros de altura.

—Mi amigo es un hombre afortunado —comentó Thewell. mientras avanzaban aún por el lecho del arroyo—. Heredó estas tierras de su abuelo y, pese a las ofertas que se le han hecho, no ha querido venderlas jamás.

—Es un trozo del paraíso —dijo Muriel. encantada y subyugada por la belleza del paisaje.

Incluso había un trozo con secoyas, que se alzaban a más de cien metros de altura. Sin embargo, Thewell sabía que se les iba a plantear muy pronto un serio problema.

—En la cabaña hay siempre un repuesto de provisiones. ¿Qué

haremos después?

—Cazar y pescar —dijo ella resueltamente—. Para Tikki hay comida en abundancia, aunque deberá procurar no esquilmar la tierra, a fin de que no descubran nada raro desde el aire.

—Ya dije que puedo alimentarme directamente de los minerales del suelo —manifestó el saurio—. No os preocupéis, no dejaré señales de devastación.

—Mirad, ahí está la cabaña —exclamó Thewell de pronto.

—Y allí veo algo que puede servir para ocultar a Tikki especialmente durante el día.

Muriel señalaba un gran saliente rocoso, que parecía un marquesina tendida hacia el fondo del cañón. El saliente era lo suficientemente alto para que Tikki pudiera cobijarse bajo él sin problemas de espacio.

—Sí. ése será mi alojamiento durante el día —convino Tikki.

Habían llegado ya frente a la cabaña y se detuvo, para que los dos jóvenes pudieran apearse. Luego se encamino hacia el saliente y se tendió al pie.

Thewell y Muriel entraron en la cabaña. Era grande estaba bien provista de todo, advirtieron pocos momento más tarde. Tenía un dormitorio grande y dos más pequeños amén de un par de cuartos de baño, más la cocina y un gran salón, con su correspondiente chimenea. Había también un armero con dos escopetas y un rifle. En una consola, Thewell halló municiones para las tres armas. Así mismo encontró ut par de cañas y el material necesario para la pesca.

—No pasaremos hambre en una temporada —dijo satisfecho.

Luego fue a la parte posterior y conectó el generador que proporcionaba luz y fuerza a la casa, movido por energía solar, que se acumulaba en baterías, las cuales entraban en funcionamiento automáticamente al llegar la noche. Muriel, por su parte, halló una alacena repleta de conservas.

—Para la primera noche, tenemos cena —sonrió. Pero, dentro de pronto, se puso seria—. Hal, ¿sabes? me preocupa Tikki. ¿Qué pasaría si sigue creciendo?

—Va a ser un problema gravísimo. En apariencia, es muy parecido a uno de los grandes saurios que hubo en la Tierra durante la Era Secundaria, pero ignoramos todo acerca de su especie. Y no creo que él lo sepa tampoco. Ten en cuenta que ha permanecido en el huevo nada menos que treinta y cinco o cuarenta mil siglos. No creo que tenga memoria genética, de modo que lo mejor que podemos hacer es esperar.

—Y rezar para que no siga creciendo más.

—Ojalá sea así —suspiró el joven.

* * *

La noche transcurrió sin dificultades, aunque las noticias que captaron mediante la radio y el televisor que había en la cabaña no contribuyeron a calmar sus aprensiones. A la mañana siguiente, sin embargo, Thewell agarró los trebejos de pesca y se marchó en busca de un buen puesto para capturar unas cuantas truchas.

Tikki dormitaba bajo el saliente rocoso. Thewell le miró con afecto.

A mediodía, regresó muy contento, con media docena de truchas. Muriel se encargó de limpiarlas y prepararlas para la cena. Thewell se sirvió una cerveza, fue a la sala y encendió el televisor.

A los pocos momentos, una hermosa joven, de pelo brillantemente negro y escultural silueta, apareció en la pantalla, entrevistada por un redactor de la televisión. Thewell lanzó una exclamación:

—¡Diablos, si es la mismísima Helga Lamb!

Atraída por la voz del joven, Muriel llegó desde la cocina.

—¿La conoces? —preguntó.

—Estudiamos en la Secundaria y fuimos juntos a la Universidad, aunque ella derivó hacia las leyes... Pero escucha...

El reportero hizo una pregunta y Helga asintió con el gesto.

—Sí, es cierto. Me ofrecí a la señora Dailey, en mi calidad de abogado, con título y debidamente colegiada, para dirigir la demanda que piensa formular contra los propietarios de ese monstruo antediluviano que anda por ahí suelto. Entiendo que la visión de ese horrible animal fue la causa directa de la muerte del señor Dailey, por lo que mi demanda se efectuará bajo la acusación de homicidio involuntario.

»También es homicidio involuntario el que se produce cuando un coche atropella a un peatón, pero los familiares de la víctima, si resulta que no es culpable, tienen derecho a una indemnización. El señor Dailey no circulaba alocadamente por la carretera, no había provocado al monstruo; «estaba» en su granja, trabajando pacíficamente y la visión de ese espantoso ser, insisto, provocó el paro cardíaco que le causó la muerte. Por tanto, el animal es culpable, aunque de forma involuntaria, pero sus propietarios deberán responder económicamente por los daños causados.

»Ahora bien, en el caso mencionado de un atropello de coche, hemos de tener en cuenta que el vehículo es un ser inanimado y no puede ser sometido a determinadas restricciones. Pero al saurio sí, es un animal y muy peligroso; por lo que solicitaré del tribunal que vea la causa, el internamiento en algún recinto cerrado, lo suficientemente seguro para que no pueda evadirse o, si es necesario tras los oportunos dictámenes de personas competentes, su sacrificio.

—Esa tía está loca —dijo Muriel, indignada—. Encerrar a Tikki o matarlo… ¿Por qué no disolverlo en ácido sulfúrico?

—Espera, siguen hablando —exclamó Thewell.

—Abogado Lamb —dijo el reportero—, ¿ha oído hablar usted algo acerca de la inteligencia humana o casi humana de ese animal?

—Amigo mío. inteligencia no es lo mismo que raciocinio. Hay animales inteligentes, pero ninguno, que yo sepa, es capaz de razonar lógicamente, como lo hace un ser humana

—Gracias, abogado Lamb…

Thewell, furioso, cerró el televisor.

—Es guapa, pero siempre buscó la notoriedad. Sé que fracasó en el cine; sin embargo, ha conseguido hacerse famosa, actuando en pleitos enrevesados que ha sacado adelante en muchas ocasiones.

—Entonces, nos va a poner en un aprieto —dijo Muriel, atemorizada.

Thewell hizo una mueca.

—Primero tienen que capturar a Tikki y no les va a resultar fácil. No nos encontrarán aquí, créeme.

—Así lo espero —suspiró ella—. Hal. tendríamos que decírselo a Tikki.

—Si —convino el joven—. Vamos allá.

* * *

—Malas noticias —dijo.

Muriel lo contempló unos instantes.

—Has crecido —dijo.

—Sí, un par de metros. Oye, me pica la paletilla izquierda... ¿No podrías hacer algo para rascarme?

Thewell sonrió. Buscó un palo y, trepando por la pata delantera izquierda, llegó hasta aquel bulto, que ya le habían observado cuando todavía era muy pequeño. Ahora parecía una gran ampolla, que no medía menos de tres metros de diámetro.

La piel era bastante blanda, en comparación con la del resto del cuerpo. Thewell paseó el palo por la superficie del bulto, hasta que oyó un enorme suspiro de alivio.

—Ah, qué bien me siento ahora... Bueno, chicos, ¿cuáles son las malas noticias? —preguntó el saurio.

Thewell se sentó encima de la ampolla.

—Te consideran culpable de la muerte de Frank Dailey.

—En cierto modo, lo soy —admitió Tikki tristemente.

—Lo primero que debes pensar es que no te encontrarán nunca

—exclamó Muriel con vehemencia—. El único inconveniente que hay, sin embargo, es tu tamaño. ¿Vas a crecer mucho más todavía?

Tikki demoró la respuesta unos segundos. Muriel contenía el aliento.

El saurio media ya más de treinta metros y su altura pasaba de los quince, tanto como una casa de cinco pisos. No se atrevía a calcular siquiera su peso.

—Un poco más, algo así como un cuarto más del total de mis dimensiones actuales —dijo Tikki al cabo.

—Cuarenta y cinco metros de largo y dieciocho o veinte de alto —calculó Thewell rápidamente.

—Tikki, eres nuestro —dijo ella—. No dejaremos que te hagan nada.

—Os costará un poco. Un ser de mi clase, en un planeta extraño, no es nunca bien acogido —contestó Tikki tristemente.

—Viniste de tu mundo hace más de trescientos cincuenta mil años. Debe ser un planeta muy lejano; de lo contrario haríamos lo imposible por volverte a él —terció el joven.

Tikki levantó la cabeza, en cuyas fauces hubieran cabido los dos holgadamente.

—Sois muy buenos y nunca os olvidaré —repuso.

—Nosotros también te echaremos de menos… el día que nos separemos —dijo Muriel ahogándose, porque tengo la seguridad de que la separación iba a producirse de forma inevitable.

Callaron un momento. Luego, Thewell le hizo un pregunta:

—Tikki, naciste de un huevo. Nunca te hemos preguntad por tu sexo. No sabemos si eres… macho o hembra.

El saurio soltó una risita.

—Soy «varón» —contestó—. Es el término que se aplica a los humanos machos, ¿no?

Muriel se acercó y le besó en el hocico.

—Eres adorable... aunque me gustabas mucho más, cuando dormías enroscado a los pies de la cama.

—Los tiempos felices de mi niñez han pasado demasiado rápidamente —dijo Tikki melancólico—. Creo que es la influencia del ambiente terrestre; por eso he crecido con tanta rapidez. En mi mundo natal, todavía... estaría durmiendo en tu cama, pero tú no podrías vivir allí, al menos, sin una escafandra espacial.

—Entonces, ¿conoces tu mundo? —exclamó ella, asombrada.

—Tengo memoria genética. Sé lo que pasó cuando mi padres pusieron el huevo en una cápsula espacial y la enviaron lejos de un planeta moribundo. Pero no fue el único huevo, aunque ignoro dónde pueden estar los otros.

—Entonces, tu mundo fue destruido —dijo Thewell.

—Había otra raza de seres también inteligentes, pero muy perversos. Guerrearon entre sí y fueron desarrollando arma: cada vez más perfeccionadas. Mis padres llegaron a saber que un día el planeta quedaría inhabitable y lo comunicaron a sus congéneres. Los seres de mi raza sólo se reproducen una vez en su existencia y el huevo tarda cientos de años en incubarse. Eran ya pocos... pero quizá algún día nuestra raza pueda renacer otra vez. Si llegamos a encontrarnos un macho y una hembra, claro.

—No sé cómo lo conseguirás —dijo Muriel tristemente—. Aquí es imposible construir una nave para ti... Costaría miles de millones y, ¿quién daría ese dinero?

—Si no lo matan, querrán conservarlo en un «zoo» —manifestó Thewell—. Conque descarta la idea de la astronave. En lugar de ello, debiéramos pensar en problemas más inmediatos.

—¿Cuáles, Hal?

—La demanda de la señora Dailey.

Muriel asintió.

—Es un verdadero problema —murmuró—. Y no sabemos cómo resolverlo...

—Quizá haya una solución —dijo el joven.

—Habla —pidió ella, esperanzada.

—Podemos intentar llegar a un acuerdo con la señora Dailey. Yo tengo algo de dinero… pero necesitaría hablar con su abogado.

—¿No dices que es amiga tuya?

—Fuimos condiscípulos y, la verdad, yo no era uno de sus favoritos. Imagínate, la beldad de la clase y el patito feo.

—No tienes aspecto de patito feo —rió Muriel.

—Hace once años, sí. Tenía la cara llena de granos y… Pero vale la pena intentarlo.

—Sí, es lo mejor, Hal, ¿cómo piensas salir de aquí? ¿A pie? Tardarás días…

—Mi amigo es un hombre que jamás desdeña un mínimo de precauciones. Si en este mundo hay un tipo prevenido, es él _ sonrió Thewell—. Tú no has examinado el cobertizo de la parte de atrás; por eso no has visto la motocicleta que hay allí guardada. Es un cacharro «todo terreno» y… ¿Necesito decirte algo más?

Muriel se acercó y le besó.

—No vas a ser menos que Tikki —dijo jovialmente—. Buena suerte, Hal.

—Usa de tus dotes de seductor —aconsejó Tikki—. Esa picapleitos es soltera y tiene hambre de… hombre.

Thewell cambió una mirada con la muchacha.

—Es todo un psicólogo —dijo, admirado.

—Conozco muy bien el interior del ser humano —respondió Tikki, sin sombra de inmodestia—. He aprendido tan rápidamente como crecía, si eso os va a sacar de dudas. Intenta hacer lo que te he dicho y puede que consigas algo.

—¿Qué opinas, Muriel? —consultó el joven.

—No me gusta demasiado, pero, en ocasiones, como dijo aquel, el fin justifica los medios —respondió Muriel—. De todos modos, procura no… no quemarte.

—Me pondré un traje de amianto —rió él, a la vez que echaba a correr hacia la cabaña.

Momentos después, se oía el petardeo de la motocicleta. Muriel entrevió el vehículo unos instantes, a través de los árboles. Luego, desapareció de su vista.

El ruido del motor continuó oyéndose todavía unos segundos, hasta que volvió el rumor de las aguas del arroyo y las hojas de los árboles. Sin saber por qué, Muriel se sintió terriblemente deprimida.

Temía por la suerte de Tikki.

CAPÍTULO VIII

Se inclinó un momento sobre el suelo y luego se retiró unos cuantos pasos.

—Kit, toma una fotografía —ordenó Melvin Rogger a su ayudante.

Durante años. Kit Fuller había trabajado para el cazador. Ahora volvían a reunirse de nuevo. La presa merecía la pena.

Rogger tenía otros colaboradores, pero ninguno como Fuller. Los otros eran eventuales, contratados para determinadas operaciones. Cuando había algo importante, llamaba a Fuller.

El ayudante impresionó la placa. Luego se acercó a la huella.

—Nunca habla visto nada semejante, jefe —dijo— ¿Cuánto le parece que mide?

—Treinta y cinco metros de largo por quince o más del suelo a la cruz. Y debe pesar cuarenta toneladas, por lo menos.

—Dicen que se mueve como un rayo. ¿Lo cree?

—No hay razón para dudarlo. Kit. A fin de cuentas, es un animal

de otro planeta.

Rogger se acercó al arroyo y tendió la vista hacia arriba. Movió la mano.

—Están allí, en Little Canyon. Es propiedad de un tipo muy rico, que nunca ha querido venderlo —dijo.

—Pero, ¿Cómo han sabido llegar hasta aquí? Si viven a casi mil kilómetros de distancia...

—Thewell y el dueño del cañón son amigos.

—Ah, comprendo. ¿Cómo comprobará sus sospechas, jefe?

—No hay más que una solución: llegar al borde Oeste, dando un rodeo. Tendremos que caminar muchas horas, pero la recompensa merece la pena este esfuerzo.

—¿Cree que los verá?

—Tienen que estar en la cabaña, ellos. Por tanto el animal no andará muy lejos. Y la cabaña sólo se puede ver desde el borde Oeste.

De pronto, Rogger se echó a reír.

—¡Ingenuos! —dijo.

—¿Cómo? —exclamó Fuller.

—Metieron al animal en el arroyo, lo cual, ciertamente, ha borrado sus huellas. Pero no deja de ser un truco muy conocido.

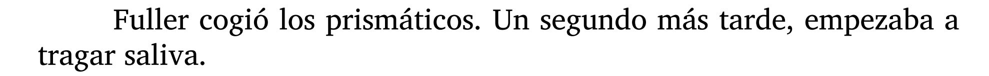
—Me parece que no podían hacer otra cosa, jefe.

—Sí, pero... Bueno, el caso es que los tenemos a cuatro pasos, como quién dice. Sigamos, Kit.

Cinco horas más tarde, los dos hombres se tendieron de bruces en la cima de una colina, tras unos arbustos. Rogger sacó los prismáticos y exploró el cañón.

De pronto detuvo los gemelos.

—Dios santo —murmuró—. Es mayor de lo que calculábamos ... Toma, Kit.



Fuller cogió los prismáticos. Un segundo más tarde, empezaba a tragar saliva.

—Aterra, jefe —dijo.

—Sí, es verdaderamente monstruoso —convino Rogger—, Pero ya lo tenemos localizado.

—Localizado, pero no capturado —objetó Fuller.

—Cómo dijo aquel, está en el bote. Ahora nos volveremos y prepararemos todo para el asalto final. Hemos de hacerlo bien o fracasaremos, cosa que no me gustaría en absoluto.

* * *

La joven se asustó. El se llevó un dedo a los labios.

—No temas, Helga. Soy Hal Thewell.

Ella le miró como si viese a un fantasma.

—¿Tú... aquí? ¿Sabes que te están buscando algo así como un millón de policías y soldados?

—Bueno, es lo que pasa. Me creen muy lejos de la ciudad y... Quiero hablar contigo. ¿Puedo entrar?

—Claro. Pasa, Hal.

Helga abrió la puerta y encendió la luz, lanzó el bolso a un lado, se quitó la chaqueta y sacó los pies de sus zapatos de tacón alto.

—Uf. me siento molida —dijo—. No he trabajado tanto en los días de mi vida... ¿Me preparas algo de beber, Hal?

—Desde luego.

Thewell paseó la vista por el interior del lujoso apartamento.

—Ganas dinero —comentó.

—No puedo quejarme —respondió ella, sentada en el diván y

con los pies encima de una mesita auxiliar—. ¿Qué tal lo estás pasando con la chica y el monstruo? Debe de ser emocionante ¿no?

—Si conocieras a Tikki, sabrías que la emoción que se siente es de un signo muy distinto al que supones —repuso él gravemente, a la vez que le entregaba la copa—. Helga, ¿cuánto piensas pedir por la muerte de Dailey?

—Doscientos mil y el internamiento del monstruo en un recinto apropiado. O su destrucción física, si así lo estiman los expertos.

—No es mucho dinero por la vida de una persona, Helga.

—Fue una muerte accidental, soy la primera en reconocerlo. Y no conseguiría más, así que me he atenido a una cifra realista.

—Si sólo pidieses sesenta mil, yo podría dártelos…

Ella le miró burlonamente.

—¿Serias capaz de gastarte sesenta mil dólares en ese saurio?

Thewell agarró una silla y se sentó a horcajadas frente a la abogado.

—Helga, en la clase de Secundaria, tú eras el súmmum de la belleza y yo el patito feo. ¿Lo recuerdas?

—No trates de enternecerme, Hal; es un truco muy viejo

—No lo intentaré siquiera, a pesar de que Tikki me lo aconsejó. Pero soy todo lo contrario de un donjuán y, además, no me gustaría. Por eso te hablaré de Tikki. Luego… tú decidirás.

Helga sonrió.

—Adelante. Encantada, Hal. Tikki es el animal más famoso desde la serpiente que dio la manzana a Eva.

—No es un animal —corrigió él, muy serio.

Y empezó a hablar.

Media hora más tarde, Helga se sintió muy pensativa.

—Si todo lo que me has dicho es cierto…

—Rigurosamente verídico —dijo el joven con gran énfasis.

Helga se levantó de pronto.

—No, no puedo acceder —exclamó—. Lo siento, Hal, pe ro debo seguir adelante.

—Por favor…

—Está decidido —le interrumpió ella fríamente—. Hannah Dailey debe ser indemnizada y Tikki encerrado.

—Y, ¿quién pagará la indemnización? ¿Muriel Shannon? No tiene dinero.

—Sus padres…

—No intervinieron para nada en la muerte de Dailey y no los vas a hacer responsables sólo porque permitieron a su hija criar a Tikki.

Ella se mordió los labios.

—El animal es de Muriel, ¿verdad?

Thewell sonrió melancólicamente.

—A veces me pregunto si nosotros somos de él —contestó.

—¡Tonterías! Un animal no puede poseer a un ser humano —barbotó Helga.

—No es un animal…

Ella cogió un periódico y le enseñó la primera página, en donde aparecía Tikki, retratado de lejos.

— Un aficionado tomó la fotografía con teleobjetivo —explicó —. ¿Vas a negar que Tikki es un animal?

—Pero es inteligente —arguyó Thewell, desesperado.

—¡Inteligente! —resopló Helga—, Repite algunas frases, porque tal vez está más evolucionado que las especies terrestres capaces de articular unas cuantas palabras. Pero inteligencia no es raciocinio.

—Lo sé. Te lo oí cuando te entrevistó aquel reportero de la televisión.

—Tú eres inteligente por raciocinio. El zorro es inteligente por instinto. Ahí tienes la diferencia.

—Y en ello piensas apoyar tu demanda.

—Es una buena base, ¿no?

Thewell miró fijamente a la joven.

—Helga, ¿qué piensas ganar con todo ello? —preguntó.

Ella sonrió, evidentemente complacida.

—Tengo ya una excelente reputación. Ahora subirá como la espuma. A veces lo hago, pero en ocasiones no puedo elegir los casos. A partir de este momento, elegiré siempre los casos en que deba intervenir.

—Por supuesto, cobrando buenas minutas.

—¿Y qué? Es perfectamente lícito...

—Entonces, eso de defender a los pobres, que se vaya al cuerno.

—Hombre, no seas así. Alguna vez...

—Basta, no sigas. Con lo que he oído, tengo más que suficiente. De modo que, aparte de la indemnización, que no sé quién te pagará...

—Tú. Tienes dinero. Ibas con el animal. Por tanto, eres corresponsable.

—Estás equivocada. El animal es de Muriel Shannon y ella no tiene más dinero que el que le dan sus padres para que pueda seguir estudiando. Si ganas el pleito, y suponiendo que no se sacrifique a Tikki, el estado lo internará en un «zoo» público. No te pagarán un centavo.

Helga pareció sentirse impresionada por aquellas palabras.

—De todos modos, hay medios para sacar dinero...

Thewell se echó a reír.

—Como no caves en el suelo —se burló, dejó la copa a un lado y descabalgó de la silla—. Helga, vine a ofrecerte la paz, has querido la guerra. No te quejes, si resultas derrotada.

—Ganaré —dijo ella, irguiendo la barbilla orgullosamente—. Y aunque la señora Dailey no fuera indemnizada mi reputación...

—Eso es lo único que te interesa y no que se haga justicia, ¿verdad? Helga, me has decepcionado tremendamente ¿Quieres que te diga por qué?

—Adelante hombre —invitó la abogado de buen humor— Aunque las opiniones ajenas no coincidan con las propias siempre es bueno escucharlas. Habla, Hal.

—Hubo un tiempo en que llegué a estar enamorado sinceramente de ti. No me hacías caso, ésta es la verdad, pero ni me importaba, porque abrigaba la esperanza de una especie de milagro que un día te hiciera fijar tus ojos en mí. No sucedió así, pero siempre te consideré como la mujer más maravillosa del mundo. En este momento, eres un hermoso jarrón que acaba de romperse en mil pedazos.

—Pero yo tengo un cliente; he de defender sus intereses.. —No a costa de un ser inocente, Helga.

—Su sola presencia, mató a una persona.

—Ese hombre padecía ya del corazón.

—Aunque sólo hubiese vivido un día más, tenía derecho a ello. Tikki desencadenó el ataque cardíaco que acabó con su vida. Y no olvides que el suceso ocurrió en su propiedad

—Está bien, Helga. No nos entendemos en absoluto y quizá sea mejor. Como dije antes, no te quejes de la derrota. Adiós.

Ella no dijo nada. Thewell abrió la puerta y salió, sintiéndose muy cercano a la desesperación.

Miles de policías y soldados buscaban frenéticamente a Tikki. Presentía que era inevitable que lo encontrasen. Si Tikki sobrevivía al encuentro, lo harían internar en algún lugar donde no pudiese hacer daño a nadie. Incluso establecerían una sección especial del «zoo» para él.

Pero también podría suceder que ordenasen su sacrificio. Thewell pensó que debería estar prevenido para ello y, de pronto, se le ocurrió una idea.

* * *

—Eres el hombre más famoso del país. —Dijo sonriendo Clark Van Buyren, mientras servía una copa a su visitante—. Esa fotografía tomada por el aficionado, en la que se os ve a ti y a la chica, montados en el animal, es algo único. Realmente sensacional y… bien. Hal, ¿en qué puedo servirte?

Thewell contempló durante unos instantes a su interlocutor. Van Buyren era un hombre de unos sesenta años, de majestuosa presencia y palabra cálida y rica. Cada vez que intervenía en un juicio como abogado, la gente se peleaba por obtener un puesto en el lugar destinado al público.

Un periodista forense había dicho en cierta ocasión que cuando Van Buyren actuaba, lo demás no importaba, aunque el acusado hubiese matado a sus padres y metido luego la carne en latas, para la venta al público. Van Buyren era siempre la «estrella» en un juicio, pero Thewell sabía que nunca aceptaba la defensa de un cliente sin estar convencido mínimamente de un punto que mereciese la pena considerar su inocencia o, por lo menos, su parcial falta de responsabilidad en el crimen de que se le acusaba.

—Profesor, bueno, le doy ese título por costumbre… Hasta el año pasado, usted enseñó en la Universidad. Luego prefirió dedicarse a sus clientes exclusivamente —dijo el joven.

—Tenía ganas de cambiar un poco de aires —respondió Van Buyren jovialmente—. De todos modos, también aceptaba clientes cuando era profesor. ¿Qué te pasa, Hal?

—Tikki, profesor. Helga Lamb defiende a la viuda Dailey.

—Lo sé. Lo tiene muy bien. Es un caso muy fácil. Conseguirá la indemnización.

—Dejando de lado el sencillo hecho de que Muriel Shannon no tiene dinero, los propósitos de Helga son muy otros. Quiere que se encierre o se sacrifique a Tikki.

—Es lógico. Se trata de un animal peligroso…

—Profesor, sospecho que usted no conoce a Tikki. Si lo capturasen, ¿le gustaría encargarse de su defensa?

Van Buyren se echó a reír.

—¡Por Dios, Hall Te aprecio muchísimo, pero no hasta el punto de hacer el ridículo. Si. sé que por ahí se dice que es inteligente…

—Cosa que usted no cree, ¿verdad?

—Hal, yo puedo admitir que Tikki sea muy listo, como algunos perros, astuto como el zorro, listo como un mico… pero de ahí a tener inteligencia racional, hay un abismo absolutamente insalvable.

—Profesor, creo que nada de lo que le diga podrá convencerle. Pero, ¿le gustaría conversar un rato con Tikki?

Van Buyren sonrió con una benigna displicencia.

—No tendría inconveniente —respondió—. Es decir, acompañarte y verlo de cerca. Supongo que es muy manso y, a juzgar por esa famosa fotografía, sumamente leal a sus amigos. O no permitiría que nadie cabalgase sobre su cuello. Pero, ¿por qué quieres que lo vea de cerca, Hal?

—Profesor —dijo el joven—, tarde o temprano. Tikki será capturado. Habrá un juicio y yo quiero que sea su defensor.

El famoso abogado meditó unos segundos. Luego alzó los ojos y se encaró con su visitante.

—Hal, no puedo prometerte nada, pero antes de aceptar la defensa de alguien, suelo hablar ˆsiempre con mi cliente. Si sus respuestas no me convencen, no acepto defenderle ante los tribunales. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Thewell sonrió anchamente.

—Ha dado la respuesta que aguardaba, profesor —dijo.

CAPÍTULO IX

Hábilmente pilotado por Thewell, el helicóptero personal de Van Buyren descendió lentamente hacia el suelo y se posó a pocos metros de la cabaña. Aunque ya había bastante luz, el sol no había salido todavía. Thewell fue el primero en saltar al suelo, seguido por el abogado.

Muriel corrió hacia ellos, a medio vestir, abrochándose la camisa precipitadamente.

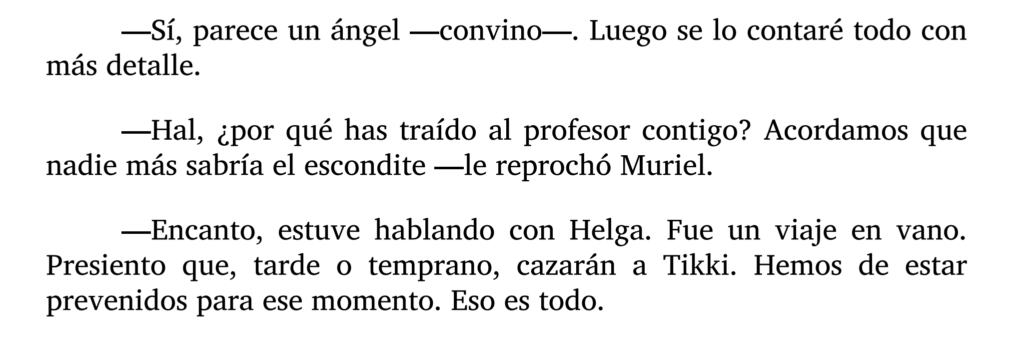
—¡Hal! Oh, Dios mío... Temí que te hubiera pasado algo ... ¿Quién es este hombre?

—Muriel, te presento al profesor Van Buyren, un mago de la abogacía. Profesor, ella es la dueña de Tikki, si se puede aceptar la expresión —dijo el joven.

Van Buyren retuvo entre las suyas la mano que le había tendido la chica.

—Muriel, no sabe cuánto celebro conocer a una persona tan famosa —dijo—. Pero su fama es notoriamente inferior a su belleza. Hal, ¿cómo conociste a este ángel?

El joven se echó a reír.



—Sí, parece un ángel —convino—. Luego se lo contaré todo con más detalle.

—Hal, ¿por qué has traído al profesor contigo? Acordamos que nadie más sabría el escondite —le reprochó Muriel.

—Encanto, estuve hablando con Helga. Fue un viaje en vano. Presiento que, tarde o temprano, cazarán a Tikki. Hemos de estar prevenidos para ese momento. Eso es todo.

—Hal tiene razón —intervino el abogado—. Y ahora ¿puedo ver a Tikki?

—Naturalmente. Sígame, por favor.

Muriel terminó de abrocharse la camisa y se ajustó los pantalones. Los dos hombres se situaron a sus lados. Dieron la vuelta a la casa y se acercaron al saliente rocoso, bajo el cual dormía el saurio apaciblemente.

—Ha crecido otro poco —observó el joven.

—Sí. un par de metros más —convino la muchacha—. Lo comenté con él anoche... Crecerá aún más de lo que había calculado.

De pronto Tikki, abrió el ojo izquierdo, que ya tenía un diámetro de metro y medio.

—Hola —dijo.

—Muy notable —comentó Van Buyren, acariciándose el mentón —. Saluda a los amigos... pero eso también lo hace un loro.

—¿,Qué es un loro? He oído hablar mucho de ese animal, pero nunca he visto uno —dijo Tikki.

Van Buyren se puso pálido.

—Dios... —murmuró.

Thewell le observaba de reojo, sonriendo con disimulo.

—Tikki. éste es un buen amigo nuestro. Se llama Clark Van Buyren. pero puedes llamarle Clark a secas.

—Hola, Clark.

—Ho…la… Tik…ki… —dijo el abogado.

— Muriel, me pica otra vez el bulto de la paletilla. ¿Quieres rascarme, por favor? —rogó el saurio.

—Sí, claro.

Muriel había encontrado un rastrillo de jardinería, que tenía siempre al alcance de su mano. Trepó por la pata izquierda del saurio y empezó a recorrer la superficie de aquella extraña ampolla, que ya tenía casi cinco metros de diámetro.

—Bien, profesor, ¿no le pregunta nada a Tikki? —dijo el joven, en vista del silencio de Van Buyren.

—Perdona. Hal… Me siento aturdido… Es algo inconcebible; nunca me habría figurado una cosa semejante… —Van Buyren carraspeó y se encaró con el saurio—. Tikki, eres inteligente.

—Claro. La figura no importa; lo que si importa es el cerebro. Sé de sobra que parezco un animal antediluviano terrestre, pero la culpa no es mía. La naturaleza me hizo así. ¿Qué le voy a hacer?

Van Buyren tragó saliva. Muriel sonreía, mientras rastrillaba la colosal ampolla.

—Tikki, ¿conoces la diferencia entre el bien y el mal? —siguió el abogado.

—Perfectamente —Tikki se lanzó a una filosófica descripción de ambos sentimientos, que acabó por dejar pasmado a Van Buyren—. Los seres de mi raza estamos inclinados al bien por la propia naturaleza, lo que no excluye eso que aquí, en la Tierra, se denomina «legítima defensa», pero, eso. sí, sin rebasar los medios necesarios para evitar el mal que nos quieren causar.

El abogado sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente.

—Es fantástico, absolutamente inimaginable…

De pronto, Tikki lanzó un «suspiro» de satisfacción.

—Aaaahhh… ¡Qué bien me siento! Gracias, Muriel, ya ha desaparecido esa molesta picazón.

—Debería hacer que te viese un veterinario. Este bulto no me…

—¡Veterinario! —bufó Tikki—, Querrás decir un médico. Soy una persona, no un animal.

Los ojos de Van Buyren chispearon súbitamente.

—Muriel, Hal. me gustaría hablar con vosotros en la cabaña —manifestó.

—Muy bien —aceptó Thewell.

Muriel inició el descenso.

—Además podemos desayunar —sonrió.

Al llegar al suelo, se volvió hacia el saurio.

—Tikki, puedes darte un paseo, pero no estés mucho rato fuera del refugio.

—Descuida, encanto.

—Y no abuses de las truchas.

—¡Son tan ricas!

Van Buyren meneó la cabeza.

—Increíble, increíble...

Muriel preparó el desayuno rápidamente. Después de tomar un par de reconfortantes tazas de café, Van Buyren expuso su plan:

—Muriel, creo que lo mejor es atacar. Recuerda el aforismo: «La mejor defensa es un buen ataque», ¿eh?

—No entiendo bien, profesor —contestó la muchacha— ¿ qué o a quién hemos de atacar?

—La conversación con Tikki me ha dado una idea, pero sobre todo, su protesta cuando le dijiste que necesitaba ut veterinario. Como ha dicho Hal, es inevitable que os localicen. Pero si Tikki se presenta voluntariamente, tendremos ganado el cincuenta por ciento del caso. Del otro cincuenta por ciento, me encargo yo y, creedme, lo sacaré adelante sil dificultad.

—¿Quiere decir que hemos de abandonar este escondite entregarnos a las autoridades? —se asombró la muchacha

—Exactamente —corroboró Van Buyren.

Hubo un momento de silencio. Luego, Muriel volvió lo ojos hacia el joven.

—Hal, ¿No tienes nada que decir? —consultó.

—Muriel, en los aspectos legales del caso, yo confío plenamente en el, profesor —respondió Thewell con grave acento.

* * *

Desde el helicóptero. Melvin Rogger contempló la colosal figura del saurio, que se movía perezosamente por el fondo del cañón. Fuller pilotaba el aparato y se mantenía a un par de miles de metros de altura, fuera casi del alcance visual de los que se hallaban en aquellos parajes.

Al cabo de unos segundos, Rogger abandonó los prismáticos y tomó el micrófono.

—Reilly, soy Rogger. ¿Me oyes?

—Sí, claro y fuerte. Adelante, jefe.

—Tengo localizado al monstruo. Voy a iniciar la operación «Canción de Cuna». Prepárate para acudir en cuanto te llame. Ten todo dispuesto; no quiero fallos en el último instante. ¿Entendido?

—Entendido, jefe.

—Mantenme continuamente a la escucha. No cierres la radio en ningún momento. Eso es todo por ahora.

Rogger se volvió hacia el piloto.

—Ya conoces el plan. ¡Adelante! —ordenó.

El aparato era movido por energía eléctrica, de modo que resultaba absolutamente silencioso. A doscientos kilómetros por hora, bajó hacia el cañón, en un picado bastante pronunciado, que el piloto moderó, para volar a unos cincuenta metros del suelo.

Tikki oyó de pronto el tenue silbido del helicóptero, debido a la fricción del fuselaje con las capas atmosféricas, y levantó la cabeza. Inmediatamente, presintió el peligro y galopó hacia la cabaña.

—¡Muriel! ¡Hal! —tronó—. Nos atacan, nos atacan…

—Dios, que bestia —masculló Fuller, que la veía galopar delante de la proa acristalada.

—¡Ahora! —rugió el cazador.

Fuller tocó un botón. Del vientre del helicóptero se desprendió en el acto una espesa columna de humo blanquecino, que empezó a descender lentamente hacia el suelo.

El aparato pasó como una exhalación por delante de la cabaña, justo en el momento en que sus tres ocupantes salían al exterior.

—¿Qué pretenden esos locos? —gritó Muriel—. ¿Es que quieren fumigarnos, como si fuésemos escarabajos de la patata?

La nube de vapor, aunque se aclaraba gradualmente, descendía hacia el suelo. Tikki se había detenido a poca distancia y aspiraba y expelía el aire recelosamente.

El helicóptero viró ceñidamente a unos mil kilómetros y volvió a la carga. Thewell advirtió la maniobra y se metió en la cabaña.

—Voy a darles una lección a esos bastardos —gritó, a la vez que descolgaba uno de los rifles.

Cuando salió, el aparato pasaba sobre la vertical de la cabaña, esta vez a menos de treinta metros, despidiendo una nube de gas, aún más espesa que la anterior.

Thewell levantó el rifle, pero Van Buyren puso la mano sobre el cañón.

—No dispares —dijo—. Si lo derribases, sus ocupantes morirían y resultaría mucho peor,

—¡Pero nos están atacando! —gritó el joven, exasperado.

De pronto, vió que Muriel se tambaleaba y corrió hacia ella.

—¿Qué te pasa?

—No sé... Siento que pierdo las fuerzas.

Thewell se sintió también invadido por una extraña debilidad. Entonces comprendió lo que sucedía.

—¡Es gas narcótico! —exclamó.

Van Buyren se sentó en el suelo, presa de un sueño invencible. Muriel se arrodilló. Thewell cayó también estrechamente abrazado a la muchacha.

Con los ojos turbios, vió que el helicóptero se disponía a realizar una nueva pasada. Lleno de desánimo, poseído por una impotente desesperación, divisó a Tikki, cuyas patas delanteras se doblaban en aquel preciso instante.

Fuller lanzó otra nueva nube de gas. Al volver, Rogger divisó al animal completamente inmóvil y lanzó un grito de júbilo.

—¡Lo hemos conseguido! —Agarró el micrófono—. Reilly, ven —llamó—. La primera parte de la operación «Canción de Cuna» ha tenido un éxito completo.

—Están dormidos, ¿eh? —dijo Reilly.

—Como angelitos —contestó Rogger—. Vamos, date prisa, Kit, mantente a cien metros.

—Sí. jefe.

El otro helicóptero llegó momentos más tarde. Era un aparato enorme, con dos rotores colosales. Rogger dio una orden a través de la radio:

— Reilly, sitúate a cincuenta metros del suelo y «ventila » el objetivo.

—Está bien, jefe.

El helicóptero gigante envió hacia abajo torrentes de aire. Un tanto preocupado, Fuller miró hacia las tres figuras humanas que yacían en el suelo.

—¿Les pasará algo? —preguntó aprensivo.

—Nada. Dormirán seis o siete horas, eso es todo —contestó Rogger con suficiencia.

—¿Y el bicho?

—La mitad aproximadamente. Pero será suficiente para llevarlo al cercado que le hemos preparado en el Z.M.

Transcurrió un cuarto de hora. Rogger consideró que el gas narcótico se había disipado ya y llamó al otro piloto.

—Abajo, Reilly.

—Inmediatamente, jefe.

Los dos helicópteros descendieron con suavidad. Rogger y sus ayudantes se dispusieron inmediatamente al trabajo.

Habían hecho acopio de abundante material. Con gruesos cables, forrados en los lugares de contacto, enlazaron las cuatro patas del inconsciente saurio. Luego. Reilly volvió al helicóptero y lo hizo despegar muy despacio.

Los cables se tensaron. El aparato ganó altura. Era capaz de levantar pesos superiores a las cien toneladas., de modo que no hubo dificultad alguna en izar a Tikki.

Rogger contemplaba satisfecho la operación. El medio millón de dólares sería limpio para él. Los salarios de sus ayudantes irían a la cuenta de gastos, lo mismo que la compra de los helicópteros y el gas narcótico. Valía la pena haber tomado parte en el asunto, se dijo satisfecho, cuando vió a saurio suspendido de los cables.

—Reilly, ya conoces el camino de vuelta —dijo por la radio.

—Claro, jefe.

—Kit, vámonos.

Los dos hombres volvieron al otro helicóptero. Rogger no se molestó siquiera en lanzar una mirada a las tres personas que parecían dormir apaciblemente.

Lanzó una carcajada. En lo sucesivo, sería el hombre que había cazado el saurio extraterrestre.

CAPÍTULO X

Los perspicaces ojos del juez Romulus George Brereton contemplaron sucesivamente a las cuatro personas que estaban sentadas en semicírculo, frente a su mesa de trabajo.

—Me agrada que un profesional tan distinguido se haya encargado de la defensa de Tikki —manifestó—. No obstante, dudo mucho de que sus alegatos puedan impresionar al jurado.

—Su Señoría es muy amable conmigo —contestó Van Buyren —. No obstante, deseo hacer patente a su Señoría que, en la captura de Tikki, se ha cometido una ilegalidad.

Brereton arqueó las cejas.

—El saurio está ahora en un recinto especial, preparado en el «Zoo de las Maravillas». Yo mismo lo he visitado, acompañado por expertos, y he podido comprobar que las medidas de seguridad son suficientes. No hay riesgos, pues, y el animal debe continuar en aquel recinto. Ahora bien, yo no veo la ilegalidad que usted menciona, señor Van Buyren. ¿Tiene la bondad de explicarse?

El abogado sonrió. Había ido al despacho del juez, acompañado por Muriel, Thewell y un hombre joven, de unos treinta años, y aspecto agradable, cuyo nombre no había mencionado todavía.

—Con mucho gusto —dijo Van Buyren—, Señoría, tengo el honor de presentarle al señor Ronald Prye, propietario de los terrenos conocidos como Little Canyon, lugar en que se efectuó la captura del saurio.

—Encantado, señor juez —sonrió Prye.

Brereton hizo una inclinación de cabeza.

—¿Y bien?

—Señor Prye, hable, por favor —invitó Van Buyren.

—Señoría, el señor Thewell y la señorita Shannon, con su saurio, podían estar perfectamente en mi propiedad, puesto que, aunque no les había concedido el permiso de una forma concreta, mi amistad con el profesor Thewell es lo suficiente para que ese permiso se considere otorgado en cualquier circunstancia. En cambio, yo no conozco ni había dado permiso a los captores de Tikki para invadir mi propiedad y, menos aún, para agredir a mis amigos con gas narcótico.

—Y ahí, Señoría, reside la ilegalidad de la captura. — agregó Van Buyren.

Brereton se acarició la mandíbula.

—Es un argumento irrefutable —dijo—. Ciertamente, el animal pertenece a la señorita Shannon, sin ningún género de duda y haciendo abstracción de su posible peligrosidad. Pero temo que voy a tener que pasar por alto ese detalle técnico.

—¿Por qué? —se asombró Van Buyren—. Para definirlo con palabras que usa el pueblo, lo robaron. Se lo quitaron a su dueña.

—Lo sé, lo sé, y no dejaré de tenerlo en cuenta en el momento del juicio y, cuando sea preciso, ustedes podrán presentar una demanda por ese delito. Pero, casualmente, Tikki está ahora en un recinto de absoluta seguridad y me niego a ordenar su traslado a otro lugar. Comprendo claramente sus objeciones, pero estimo necesario que ustedes traten de entender mi punto de vista, basado exclusivamente en la seguridad. Es un animal que mide más de sesenta metros de largo y pesa cincuenta toneladas. No puedo, ni debo, permitir que lo saquen de su actual encierro.

—Eso será publicidad para el Z.M. —gruñó Thewell.

—El animal, no obstante, sigue siendo provisionalmente de la propiedad de la señorita Shannon, hasta que en el juicio se dictamine lo contrario… o se la afirme definitivamente en esa propiedad —dijo el juez.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Brereton dio permiso y entró Helga.

—Señoría —saludó, sin mirar siquiera a los otros—. Debo agradecerle haberme recibido. Como defensor de la demandante, al enterarme de la reunión que iba a tener lugar en el despacho de su Señoría, juzgué necesario estar presente. Confió en que su Señoría no haya hecho concebir falsas esperanzas a la demandada…

—Abogado Lamb. no hemos celebrado esta reunión para dictar sentencia ni cosa que se le parezca. Simplemente, estábamos discutiendo algunos detalles de procedimiento, los cuales tiene usted derecho a conocer. Pero, por favor, absténgase de hacer suposiciones temerarias —dijo Brereton cortantemente.

Helga se dio cuenta del paso en falso que había dado y enrojeció vivamente.

—Le ruego sinceramente me disculpe, señor juez. Sólo deseaba…

Van Buyren se paso en pie.

—Con el permiso de su Señoría, nos retiramos —anunció— Si su Señoría lo estima necesario, puede relatar al abogado de la demandante lo que se ha hablado en este despacho. En cuanto a mí, no deseo hablar con la señorita Lamb absolutamente nada, hasta que nos veamos ante el tribunal.

Thewell, Muriel y Prye se levantaron también. Van Buyren añadió;

—Por supuesto, tenemos permiso de su Señoría para visitar a Tikki.

—Mi secretaria les facilitará el pase, para que puedan llegar hasta el animal —contestó Brereton amablemente. Luego entrelazó los dedos de su mano y miró a Helga—, Adelante, abogado Lamb; puede empezar a hablar.

Pero Helga, cortada, no sabía qué decir.

Mientras, Muriel y los tres hombres abandonaban el Palacio de Justicia por una puerta reservada, a fin de eludir a la muchedumbre de periodistas y fotógrafos que pululaban en la entrada, ávidos de conocer más noticias. Prye, hombre de gran fortuna, tenía su propio helicóptero, que él mismo pilotaba y en el que embarcaron los cuatro.

—Al Z.M., supongo —dijo Prye, en el momento de dar el contacto.

—Sí. Ronald, allí vamos —contestó Thewell.

* * *

Cuando Muriel vió a Tikki, lanzó un grito de desesperación.

Thewell hubo de reconocer que el personal del Z.M. había sabido actuar con rapidez. Con toda seguridad, lo habían preparado ya de antemano, contando segura la captura de Tikki.

El saurio estaba en el interior de un recinto de unos cuatrocientos metros de diámetro, formado por una triple valla de alambre trenzado, del máximo grosor. Cada diez metros, había un grupo de cuatro postes de metal, de veinte metros de alto, por uno de ancho, unidos entre sí por fuertes cables, de modo que formaban una columna prácticamente indestructible.

La alambrada tenía asimismo veinte metros de altura. Thewell pensó que ni la colosal potencia de Tikki podría romper aquella barrera. Se comprendía que el juez Brereton hubiera decidido que el juicio tuviese lugar en aquel recinto.

Un grupo de operarios levantaban unos estrados, en uno de los ángulos de la valla, y a veinte metros del suelo. En aquellos estrados se situarían el juez, los demandantes, los demandados y los secretarios. Puesto que era, de momento, sólo una demanda civil, no habría jurado.

Solamente si se demostraba voluntariedad en la muerte de Dailey, habría un proceso regular, que se seguiría contra la dueña del saurio. Pero ello dependía de la sentencia que dictase Brereton.

Los curiosos abundaban a miles, pero había un trozo vallado,

destinado exclusivamente a servicios. Muriel, con sus acompañantes, avanzó resuelta hacia aquel hueco. Los murmullos de la gente sonaban como el zumbido de una colmena gigantesca.

—Lo consiguió, Rogger —dijo Hunting, satisfecho—. Esa bestia va a ser un río de dinero para el Z.M.

—Dicen que es inteligente —comentó Karl Willebrandt—, No he podido oírle una sola palabra en los días que lleva aquí. Tampoco come; rechaza sistemáticamente todos los alimentos...

—Son los primeros días de todo animal cautivo —dijo Rogger con suficiencia—. Luego se acostumbran y... ¿Quiénes son ésos? —exclamó repentinamente.

Muriel llegó junto al grupo. Thewell retenía una de sus manos en su derecha.

—¿Quién es el director aquí? —preguntó la chica.

—Yo, señorita —dijo Willebrandt—. Mi nombre es...

—Soy Muriel Shannon, propietaria de Tikki. Deseo que me permitan hablar con él.

—Eso es imposible, señorita. Tenemos terminantemente prohibido que nadie entre en ese recinto...

—¿Saben ustedes que Tikki me pertenece y que ustedes me lo quitaron con malas artes?

Alguien decidió intervenir.

—Perdón, señorita. Soy Hunting, presidente de la sociedad que dirige el Z.M., sabemos que hicimos mal, y estamos dispuestos a compensarla económicamente. Es más, vamos a luchar por la conservación de Tikki y mis abogados han recibido órdenes de actuar, caso de que la sentencia judicial le fuese adversa. No lo ejecutarán, créame; es un espécimen harto valioso para que lo destruyan, aunque luego lo disecaran... Lo robamos, estoy dispuesto a admitirlo; pero la indemnizaremos principescamente...

—No quiero su sucio dinero —exclamó Muriel, terriblemente furiosa—. Tikki es mío y como el juez falle a mi favor, me lo llevaré de aquí, cueste lo que cueste.

Willebrandt se alarmó.

—Usted no podrá hacer eso, señorita. Su exhibición va a dar mucho dinero al «zoo». Estamos dispuestos a darle una participación en los beneficios... ¿No es así, señor Hunting?

—Sí, en efecto —contestó el aludido—. Y si tienen la bondad de pasar al despacho del señor Willebrandt, podríamos discutir los términos de ...

—¡No discutiremos nada! Tikki no nació para ser encerrado como un animal salvaje. De momento está aquí, porque lo ha decidido así el juez, pero si fuese de otro modo, me lo llevaría inmediatamente.

—La señorita tiene razón —intervino Van Buyren—. Soy su abogado y, una vez concluido el juicio, les demandaremos a ustedes por invasión de propiedad ajena y secuestro.

—Yo soy el dueño de Little Canyon y lo que hicieron no me ha gustado nada —dijo Prye—, Me alegraré infinito que Muriel se lo haga pagar, aunque les deje sólo con lo puesto.

Hunting empezó a alarmarse.

Las cosas no marchaban como había planeado. Un pleito contra el «zoo» podía salpicarle y no precisamente de una forma beneficiosa.

—Contrataron a un cazador para que capturase a Tikki, ¿no es cierto? —dijo Muriel.

—Soy yo, señorita —sonrió Rogger, enormemente satisfecho porque su fama había crecido de forma colosal en los últimos días.

—Conque usted, ¿eh? Voy a darle una cosa, de parte de Tikki... porque si se la diera él, no podría contarlo.

Muriel cerró la mano derecha y disparó el puño contra la nariz de Rogger. El cazador exhaló un aullido y se retiró, con un pañuelo cubriendo el lugar afectado por el golpe.

Acto seguido. Muriel se volvió hacia los otros dos hombres.

—Quiero entrar ahí —dijo.

—No se puede, señorita —contestó Willebrandt—. Cuando el animal necesita comida, se la arrojamos desde un helicóptero.

—Pero se niega a alimentarse —aclaró Hunting.

Muriel apretó los labios. Luego, girando un cuarto a su izquierda, se acercó a la valla.

—¡Tikki, ven! —llamó.

El saurio alzó su cabeza, miró un instante hacia la muchacha y luego trotó hacia ella. Sonaron gritos de alarma.

—¿Qué tal. Muriel? —saludó Tikki.

—Estos caballeros no me dejan pasar a hablar contigo. ¿Puedes romper la valla?

—No lo he hecho, por no poneros en un compromiso, pero si me lo mandas, lo haré. ¡Eh. Hal! ¿Cómo estás hombre? Vamos, no pongas esa cara de velatorio. En pocos días, todo estará solucionado, seguro —dijo el saurio jovialmente.

Hunting se pasó una mano por la cara. Willebrandt temblaba de pies a cabeza.

Muriel sonrió satisfecha.

—Tikki. te presento al señor Van Buyren. nuestro abogado. y a Ronald Prye. dueño del escondite en donde nos atraparon.

—Caballeros... —dijo el saurio gravemente.

La chica se volvió hacia Willebrandt.

—Y ahora, ¿nos abre o hago que Tikki rompa su maldita valla?

El director del «zoo» se precipitó hacia una puertecita situada a corta distancia.

—Por aquí, señorita.

Instantes después, Muriel se abrazaba a la enorme cabezota del saurio. con los ojos arrasados en lágrimas, sin prestar atención a las docenas de fogonazos de los fotógrafos que estallaban incesantemente fuera del recinto.

—Oh. Tikki, Tikki... —gimió la chica—. Si supieras cuánto lamento la situación en que te encuentras... Todo por culpa mía...

—No tienes la culpa en absoluto —respondió el saurio—. Por otra parte, me han tratado bien: no tengo quejas de ellos...

—¡Pero te has declarado en huelga de hambre! —exclamó ella, alarmada.

—Muriel. ¿cuántas veces te he de decir que también puedo alimentarme del suelo? Hal, muchacho, ¿no tienes nada que decirme?

Thewell sentía un nudo en la garganta. Le parecía que Tikki empleaba el tono forzadamente jovial de un reo, que aguarda en cualquier momento la ejecución.

—Estás estupendo. ¿Has crecido algo más?

—En vuestras medidas, cuatro metros. Ahora mido sesenta y cuatro de largo por treinta de alto, y peso setenta y una tonelada.

—¿Cómo puedes saberlo, si no...?

—Lo sé. Me lo dice mi organismo.

Van Buyren se sentía pasmado.

—Fantástico, inimaginable —dijo—. Pero también enormemente favorable a la defensa. Conseguiremos evitar no sólo su sacrificio, sino su encierro. La única pega estriba en la indemnización a la viuda Dailey. Muriel no tiene dinero y no se les puede exigir a sus padres que paguen por ella. Pero, de todos modos, estimo justo que Hannah Dailey reciba una compensación.

—Abogado, en cuestiones de dinero, llámeme —sonrió Prye —. Estoy tan interesado como usted en este caso y deseo como ninguno que las cosas se solucionen favorablemente para nuestros amigos.

Tikki se quejó de pronto.

—Muriel, las ampollas vuelven a picarme —dijo—. Voy a tenderme y paséate por encima y dame unos cuantos taconazos; será suficiente.

El saurio se tendió sucesivamente por los dos costados. Thewell, preocupado, observó que las ampollas medían ya más de ocho metros y sobresalían casi cuatro. ¿Qué había allí, que tantas molestias causaba al saurio?

Los fotógrafos se hartaron de tomar placas de Muriel, abrazada a

Tikki, y paseándose sin temor por encima de su cuerpo. Al otro lado de la valla, Hunting, Willebrandt y Rogger conferenciaban en voz baja.

—Si esa chica se lleva a Tikki, y tiene todas las de ganar, nos vamos a ver en una difícil situación —dijo el primero —. Ese bicho es tan dócil como un gatito manso y el juez no podrá impedir que se lo lleve.

—Puede ser la ruina del «zoo» —dijo Willebrandt lúgubremente.

—Tal vez no —murmuró el cazador—. Los gatitos mansos también sacan las uñas en ocasiones.

Hunting se volvió hacia Rogger.

—¿Qué trata de decirnos, Melvin? —preguntó.

—Tikki es muy manso, ciertamente, pero puede irritarse. Si sucediera, el juez decretaría su encierro para siempre y ustedes podrían ofrecerse para custodiarlo, ¿no es así?

—Exacto —sonrió Willebrandt.

—En tal caso, no se preocupen; llegado el momento, Tikki se pondrá furioso y... El monstruo seguirá siendo suyo, señor Hunting.

Satisfecho, Hunting palmeó el hombro del cazador.

—Melvin, consígalo. Son cien mil dólares más —dijo.

CAPÍTULO XI

Aquella noche, durante la cena, Van Buyren estableció las líneas de la táctica que iba a seguir durante el juicio. Habían sido invitados por Prye, quien también asistía a la reunión, y las discusiones empezaron con el café.

—El problema está que no tenemos un lugar de recambio para tener a Tikki durante un tiempo, hasta que la gente se convenza de que es absolutamente inofensivo.

—Está Little Canyon —dijo Prye—. Tikki puede vivir allí todo el tiempo que se le antoje. Y si es preciso, cerraré la entrada y pondré guardias armadas, para que no lo molesten.

—Gracias, Ronald —sonrió Muriel, sumamente conmovida—, Aunque me gustaría más llevarlo a la granja de mis padres. Pero a mamá no le agradaría demasiado...

—Hay otro problema —intervino Thewell—. Realmente, Helga tendrá ocasión de probar que Tikki es peligroso. Destruyó un helicóptero y atacó a seis personas. Helga no dejará de sacar a relucir el suceso.

—Es cierto —convino Van Buyren—. Ese puede ser un tanto en contra de Tikki.

—Pero sólo hubo daños materiales —alegó Muriel—. Los policías no sufrieron el menor rasguño.

Van Buyren reflexionó unos momentos.

—Hablaré con el capitán de la patrulla —dijo—. Tenemos dos días de tiempo y, aunque no voy a pedirle que mienta, si trataré de que sea lo más objetivo posible.

—Buena idea —aprobó Thewell.

—Muriel, me gustaría saber qué le pasa a Tikki en esos bultos que tiene en los costados delanteros —dijo Prye—.

Tengo un buen amigo, veterinario de gran reputación, al cual le encantada...

—Ronald, Tikki no es un animal, sino una persona —protestó Muriel indignada—. Por tanto, si necesita algo, es un médico y no un veterinario.

—¡Caramba, no había pensado en eso! —se asombró Prye.

Van Buyren sonreía.

—Pero, de todos modos, no parece que le corra prisa ser visto por el médico de cabecera —dijo zumbonamente—. Bien. ¿ alguna sugerencia más para la defensa de Tikki? Ronald, aunque ahora no ejerzas, tienes el título de abogado. ¿Se te ocurre alguna cosa?

—No, profesor; sinceramente, creo que usted ha establecido magistralmente las líneas de la defensa y que no se pueden mejorar —contestó el interpelado.

De pronto, alguien se acercó a la mesa.

Era Helga Lamb.

— Hal, ¿puedo hablar contigo un momento? —solicitó.

Thewell consultó a Muriel con la mirada. La muchacha asintió.

—Sea discreto, Hal —aconsejó Van Buyren.

—No tema, profesor; no voy a pedirle que me cuente lo que han estado discutiendo —contestó Helga ácidamente.

Thewell se había levantado ya. Helga se lo llevó a unos pasos de distancia.

—He hablado con Hannah Dailey —dijo la abogado —. Está dispuesta a aceptar cien mil dólares. El dinero que te falta, lo encontrarías fácilmente en el Z.M. A cambio, retiraría la demanda por la muerte de su esposo.

Thewell miró suspicazmente a la joven.

—¿Qué te ha hecho cambiar? —preguntó.

—Dailey estaba, efectivamente, enfermo del corazón. Incluso se había hecho examinar por un cardiólogo, pero ocultó a su esposa la gravedad de la enfermedad.

—Ah. vamos, eso altera un poco el panorama, ¿verdad?

—Trato de que las cosas se resuelvan favorablemente para todos, Hal —dijo ella con voz crispada.

—Me parece que es un poco tarde. Estamos de acuerdo en que la señora Dailey debe ser compensada por la muerte de su esposo, y lo será, no te quepa la menor duda. Pero ahora el asunto ha escapado un poco de las manos de todos nosotros. La gente sigue considerando a Tikki como una bestia dañina...

—¿Y no lo es?

Thewell sonrió.

—Asistirás al juicio, en la fila cero —dijo—. Entonces, lo sabrás.

Helga se mordió los labios.

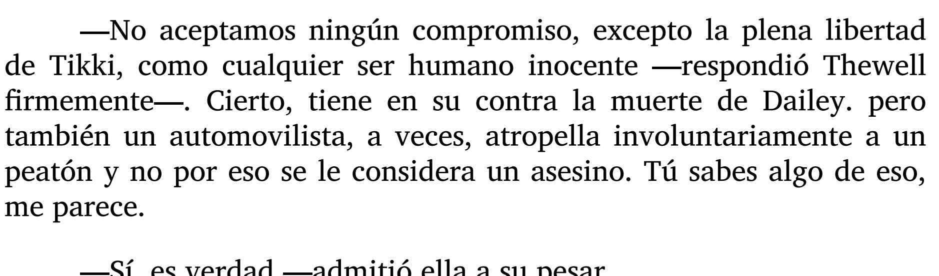
—He leído los periódicos. Tikki habla y coordina como un ser humano, pero...

—Pero, ¿qué?

—No es un ser humano.

—¿Estás segura de lo que dices?

—También lo sabrás en el momento del juicio —contestó Helga —. En resumen, estoy dispuesta a suavizar...



—No aceptamos ningún compromiso, excepto la plena libertad de Tikki, como cualquier ser humano inocente —respondió Thewell firmemente—. Cierto, tiene en su contra la muerte de Dailey. pero también un automovilista, a veces, atropella involuntariamente a un peatón y no por eso se le considera un asesino. Tú sabes algo de eso, me parece.

—Sí, es verdad —admitió ella a su pesar.

—Entonces, creo que ya lo hemos dicho todo. Nos veremos en el tribunal. Helga.

—Todavía me quedan algunos ases en la manga —advirtió la abogado fríamente.

—Puede que los necesites, pero nuestra jugada es infinita mente más alta. Adiós.

Thewell regresó junto a sus amigos.

—Trataba de pactar, pero me he negado —dijo simplemente.

* * *

—Me siento terriblemente nerviosa —dijo Muriel dos días más tarde, cuando estaban a punto de dirigirse al tribunal.

—No tienes por qué preocuparte —sonrió Thewell—, La estrategia de Van Buyren es perfecta...

La puerta del cuarto se abrió súbitamente. Ronald Prye entró, pálido y con el rostro desencajado.

—Van Buyren está gravemente herido —exclamó—. Alguien le atacó cuándo salía de su casa, golpeándolo en la cabeza. Se cree que tiene fractura de cráneo...

—¡Oh. no! —se aterró Muriel—, Sin él, estamos perdidos.

—Ronald, tendremos que pedir al juez el aplazamiento del juicio —exclamó.

—Imposible. Le he telefoneado comunicándole la noticia y dice

que, dado el caso tan peculiar, lo único que puede hacer es nombrar un abogado de oficio. Pero el tribunal abrirá la sesión a las diez en punto de la mañana.

De repente, Thewell chasqueó los dedos.

—Maldición, Ronald, tú eres abogado. Ocúpate de la defensa. Saldrás adelante. Has estado con nosotros, desde que capturaron a Tikki; puedes hacerlo tan bien como Van Buyren...

—Me falta experiencia forense —se defendió Prye—. El título, en mi caso, es poco menos que un adorno...

—Pero conoces el asunto a la perfección y eso es lo que importa —Thewell señaló el videófono—. Vamos, habla con el juez y dile lo que ha sucedido. Consigue que admita tu nombramiento como defensor; siempre lo harás mil veces mejor que el abogado de oficio que Brereton pueda asignar.

Prye, convencido al fin, se acercó al aparato. Muriel miró aprensivamente al joven.

—Hal, ¿crees que ha sido cosa de Helga?

Thewell movió la cabeza dubitativamente.

—No puedo afirmar nada en un sentido u otro —contestó—. Me parece increíble que se rebaje a hacer una cosa semejante... pero, ¿quién sabe de lo que es capaz una persona cuando se ve en mala situación?

Prye regresó a poco junto a la pareja. Estaba aún pálido.

pero se le veía resuelto.

—Brereton me acepta —dijo lacónicamente.

* * *

Había cámara de televisión y micrófonos y altavoces por todas partes. Aunque el recinto destinado al juicio había sido cuidadosamente acotado, no se había podido evitar se congregase una

inmensa multitud en los alrededores.

El juez estaba sentado en su estrado. Helga y la señora Dailey quedaban a su derecha. Muriel, Prye y Thewell a su izquierda. Frente al juez, estaban los alguaciles y los secretarios que redactarían las actas del juicio.

Brereton ordenó al relator diese comienzo a la lectura de la demanda. Cuando terminó, preguntó a Helga si se mostraba conforme. Helga respondió afirmativamente. Luego, Brereton hizo lo mismo con Prye, quién contestó que, salvo la muerte de Dailey y el ataque a los policías, todo lo demás quedaría refutado adecuadamente en el momento preciso.

Helga pidió entonces que se llamase a declarar a la señora Dailey.

El ujier le tomó juramento. Helga le hizo unas cuantas preguntas. Prye intervino a su vez, pero fue más bien acto rutinario.

Luego fue llamado el capitán Hardson, jefe de la patrulla atacada por Tikki. Contestó a las preguntas de Helga y, cuando ella terminó, se levantó Prye.

—La defensa está dispuesta a admitir la destrucción del helicóptero, pero, dígame, capitán, ¿vió en Tikki en algún momento la intención de atacarles hasta darles muerte?

—No, aunque nos asustamos bastante...

Prye tendió el brazo hacia Tikki, que yacía mansamente tendido sobre un costado, con la boca entreabierta.

—Mire al ser que la abogado de la demandante llama bestia maligna —dijo—. ¿No cree que si Tikki hubiese querido, podría haberles aplastado fácilmente con sus patas, en lugar de limitarse a derribarlos con sus potentes soplos?

Hardson se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—Bueno, sí, parece cierto, pero, cualquiera entra en las intenciones de una bestia de ese calibre —contestó.

Una atronadora carcajada, proferida simultáneamente por doscientas mil gargantas, resonó como el estampido de una bomba de gran potencia. Brereton tuvo que aguardar unos minutos a que se

restableciera la calma.

—El hecho indudable es que están vivos, capitán —dijo Prye, cuando pudo hablar de nuevo—. Usted vió que Tikki agarraba el aparato con su boca y lo arrojaba a más de sesenta metros de distancia. Pudo haber hecho lo mismo con ustedes y no lo hizo.

—Eso sí es cierto —admitió Hardson—. Francamente, temimos que nos sucediera lo peor. Podría comerse a una persona de un sólo bocado, pero se limitó a derribarnos con sus resoplidos.

—Gracias, capitán, eso es todo.

El interrogatorio de los demás ocupantes del helicóptero siguió por derroteros semejantes. Pero Thewell podía darse cuenta de que, hasta el momento, no habían ganado gran cosa.

Seguían las reticencias contra Tikki. Las cosas no se presentaban bien, admitió tristemente para sí.

El desfile de testigos acabó. Brereton anunció una momentánea suspensión del juicio. Thewell miró de reojo a Helga y vió que ella parecía muy satisfecha. Un hombre se acercó á la abogado y cuchicheó con ella unos instantes. Era Hunting y al joven el hecho le dio muy mala espina.

Después del descanso, el juez Brereton ordenó se reanudase la audiencia y dijo que era hora de que declarasen los expertos. Prye se levantó y protestó.

—Con el máximo respeto al tribunal, pero también con la energía precisa, Señoría —dijo—. Estamos juzgando a un ser inteligente y no le hemos llamado a declarar. Esta defensa opina que el acusado debe ser interrogado adecuadamente, a fin de que no se pueda alegar en su día que fueron conculcados sus derechos.

Brereton vaciló un instante y acabó por asentir.

—El defensor tiene razón. Alguacil, llame a declarar al acusado.

CAPÍTULO XII

El alguacil dudó. Pidió consejo a Prye y éste le respondió que Muriel le otorgaba su apellido. Hubo un parpadeo de asombro por parte del funcionario, quién, al fin, llamó:

—¡Tikki Shannon. al estrado de testigos!

El saurio se levantó y caminó perezosamente hasta las proximidades de los tablados en donde se hallaban todos los involucrados en el caso. Helga se levantó.

—Aunque no va a servir de nada, haré unas preguntas a ese ser —dijo.

—Un momento —exclamó Prye—. Es preciso que antes se cumpla un requisito indispensable. Alguacil, tome juramento al acusado.

Brereton respingó. Helga se quedó boquiabierta.

Estallaron los rumores. El juez acercó el micrófono al lugar donde golpeaba con el mazo para imponer silencio. Los golpes resonaron como cañonazos, repetidos por cientos de altavoces.

Helga protestó a voz en cuello.

—No se puede hacer una cosa así. Esta defensa podría admitir la inteligencia del acusado, pero no es un ser humano. Este requisito sólo se necesita en los seres humanos...

—Sospecho que la abogado demandante no ha sabido definir bien la condición del acusado —dijo Prye irónicamente—, Ha admitido la inteligencia del acusado, ¿no es cierto?

—Sí, no tengo ningún inconveniente. Es inteligente. Pero no es humano...

—No, no lo es. No tiene forma humana. Pero eso no importa en absoluto. La defensa debería recordar que la inteligencia es propia de las personas y en la palabra «personas» no se menciona para nada lo referente a la forma personal. El acusado no es humano físicamente, pero sí mentalmente. Razona como cualquiera de nosotros y, aunque su aspecto pueda parecer horrible a muchos, no por tener la figura de un reptil antediluviano deja de ser una persona.

Sobrevino una pausa de silencio. Helga se dio cuenta del desliz que había cometido. Miró a Prye y le vio sonreír.

El juez levantó la mano para decir algo, pero, en aquel instante, se produjo un incidente totalmente inesperado.

Un chiquillo de tres o cuatro años se encontró repentinamente en el interior del recinto. Las cámaras de televisión lo enfocaron y un grito unánime de terror brotó de cientos de miles de gargantas.

Muriel se puso en pie, aterrada. Thewell frunció el ceño.

—¿Cómo diablos ha entrado ese crío en el recinto? —masculló.

El niño seguía avanzando confiadamente hacia Tikki. Este oyó los gritos y volvió a su enorme cabeza, situada al extremo de su cuello de seis metros de largo.

Las mujeres chillaron y se desmayaron. De pronto, Thewell vió al cazador armado con un rifle.

—¡No dispare! —aulló.

El chico seguía acercándose a Tikki. Muriel estaba a punto de desmayarse. Cientos de policías dispararían a la vez contra Tikki y ...

Entonces ocurrió lo inesperado. Tikki bajó su cabeza todo lo

posible, abrió la enorme bocaza y dejó que el chiquillo se sentara en su colosal lengua. Luego empezó a balancearlo suavemente, como si fuese un columpio.

El niño gritaba y reía alegremente, palmoteando con una expresión de contento indescriptible. Rogger bajó el rifle, mordiéndose los labios.

Al cabo de unos momentos, Tikki acercó su cabeza al estrado. El chico saltó al tablado y luego se volvió y le di unas palmaditas en el hocico.

—Te quiero mucho —dijo, de modo que todo el mundo pudo oír aquellas tres palabras.

—Gracias. Yo también te quiero a ti —contestó Tikki—. ¿Me das un beso?

Thewell miró a Helga. Estaba pálida de furor.

Hunting se hallaba tras la abogado. De pronto, se levantó y, dando media vuelta, se marchó, con una expresión en el rostro que delataba claramente la furia que sentía.

Un alguacil se hizo cargo del niño y se lo llevó. Brereton hizo esfuerzos sobrehumanos para restablecer el orden, cosa que consiguió al cabo.

—Abogado Lamb —dijo— ¿Tiene algo que objetar?

Helga meneó la cabeza.

—No, Señoría.

—Abogado Prye, ¿Qué tiene que decir usted?

—Lo dije antes, Señoría. Una vez conocí a un pobre hombre, que había perdido ambos brazos y las dos piernas en un espantoso accidente, que, además, le dejó desfigurado el rostro de una forma espantosa. No era un ser humano, pero seguía siendo una persona.

»En nuestra galaxia debe de haber miles de planetas habitados por seres inteligentes, que no tendrán forma humana, tal como la concebimos en la Tierra, pero que, no obstante, serán personas. La palabra persona se aplica única y exclusivamente a seres capaces de razonar, no importa el cuerpo en que viva su mente. Solicito por tanto

de ese tribunal que declare persona a Tikki Shannon y lo encomiende a la custodia de su amiga, quién en tiempos creyó ser su dueña. La señorita Shannon se compromete solemnemente a buscar un lugar donde Tikki pueda estar retirado y alejado de la morbosa curiosidad de las gentes y a evitar cualquier daño a otras personas. En cuanto a los daños causados por Tikki. estamos dispuestos a las indemnizaciones que fije ese tribunal. Sin olvidar tampoco la demanda de Tikki, que piensa plantear contra quienes le narcotizaron y lo secuestraron ilegalmente del lugar en que se hallaba. Eso es todo, Señoría.

Brereton asintió. Los ojos de Muriel brillaban de júbilo. Ya no había duda alguna de la sentencia del juez. Por todas partes se oían gritos en favor de Tikki.

* * *

Cuando el tumulto se hubo despejado un poco. Thewell lúe al despacho de Willebrandt. Hunting y Rogger estaban allí.

—Son ustedes absolutamente despreciables —dijo—. No dudaron en exponer la vida de un niño, con tal de conseguir sus viles propósitos. Si Tikki hubiera hecho el menor gesto hostil, la sentencia le habría sido adversa, cosa que estaban buscando, por encima de cualquier consideración ética. Se sabrá lo que han hecho y su descrédito será total.

Ninguno de los tres supo que decir. Thewell sonrió.

—Pero no me iré sin anunciarles que Prye va a demandarles por daños y perjuicios y que piensa despellejarles vivos. La opinión está ahora con Tikki y pueden imaginarse cuál será la sentencia del juez que se encargue del caso. Y ahora, un regalito para el hijo de perra que metió al niño en el recinto y disparó un par de proyectiles silenciosos, para irritar a Tikki.

El puño del joven se disparó contundentemente. Rogger, alcanzado de lleno en la nariz, lanzó un aullido.

—Ahora me siento mucho mejor —dijo.

Cerró de un portazo y se encaminó al encuentro de la muchacha.

—Hal, volvemos a Little Canyon —anunció Muriel.

—Encantado —rió Thewell.

—Iré mañana a veros —prometió Prye—, Llevaré víveres.

—Te lo agradeceremos, Ronald —contestó el joven.

Los señores Shannon habían estado también en el juicio. Eileen miró a Tikki y suspiró.

—Pensar que hace poco más de un año era una lagartija... Muriel, hija, ¿te vuelves al cañón?

—Sí, mamá, al menos, durante una temporada.

—¿Con Hal?

—Sí, señora —repuso el aludido.

—Verás, hija, no es que me importe demasiado... pero todavía hay cosas que no están muy bien vistas, pese a lo que digan muchos. No me gustaría que te fueses con Hal, sin ser ya... marido y mujer...

Muriel se volvió hacia el joven.

—¿Qué te parece, Hal?

—Bueno... La única dificultad estriba en el sacerdote... —Eso está arreglado —Eileen se metió dos dedos en la boca y lanzó un penetrante silbido—. ¡Padre Francisco, venga; tiene trabajo!

Thewell y Muriel se echaron a reír. Un cuarto de hora más tarde, cabalgaban sobre el cuello de Tikki.

—Apuesto a que jamás ninguna pareja de recién casados tuvo este vehículo —dijo Tikki maliciosamente.

Luego echó a andar con paso majestuoso. Los Shannon y Prye agitaron las manos alegremente. Cuando se halló en terreno despejado. Tikki empezó a galopar.

* * *

De pronto, en la madrugada, se oyeron unos quejidos. Muriel despertó, sobresaltada. Thewell dormía apaciblemente a su lado.

—Hal. Hal. despierta. Algo le está pasando a Tikki. Le oigo quejarse...

El joven se despabiló instantáneamente. Vestidos con las batas, salieron fuera de la cabaña.

A la imprecisa luz del amanecer, vieron al saurio tendido en el suelo, estremeciéndose de cuando en cuando, a la vez que emitía ligeros quejidos, que parecían salir de una garganta humana.

—Tikki, ¿qué te ocurre? —preguntó Muriel angustiada.

—No... no es nada... Hacía tiempo que lo estaba esperan do... —contestó Tikki—. Ya he terminado mi desarrollo, pe ro aún me... faltaba una cosa... No os preocupéis; es algo enteramente natural en los Tikki.

Thewell examinó al saurio. De repente, oyó un ruido que parecía el de una enorme lona al ser rasgada violentamente.

Los bultos que tenia tras las paletillas se abrieron. Algo salió de su interior.

Thewell y la muchacha retrocedieron. Tikki se sacudió un par de veces y luego pareció hacer fuerzas, como para acelerar aquel singular proceso natural.

Las cosas que habían salido de los bultos estaban húmedas y no tenían forma, pero se secaron muy pronto. Tikki agitó el cuerpo un par de veces y luego hizo más fuerzas. Entonces, aquellas cosas se desplegaron.

—¡Son alas! —gritó Muriel.

—Sí, son alas —confirmó Tikki.

—Entonces... ¿puedes volar? —exclamó Thewell, atónito.

Tikki volvió la cabeza.

—Esperaré todavía una semana —contestó.

* * *

El plazo señalado había transcurrido ya. Una noche, pasadas las dos de la madrugada, Tikki les llamó con fuerte voz:

—¡Hal, Muriel, salid!

Los dos jóvenes despertaron y corrieron al exterior. Tikki les miró a la luz de la luna.

—Ha llegado el momento —anunció el saurio—. Tenemos que separarnos.

—Pero, ¿adónde te marchas? —preguntó Muriel acongojada.

Tikki levantó la cabeza.

—En algún lugar del espacio hay un huevo con mi pareja. Es mi deber buscarlo hasta que lo encuentre. Quizá pasen miles de años antes de que esto suceda, pero ocurrirá inevitablemente. Nuestros padres nos salvaron de la catástrofe, pero ahora debemos encontrarnos, para continuar la propagación de la especie.

Miró con ternura a los dos jóvenes.

—Os recordaré siempre, siempre. En todo momento estaréis en mi corazón y vosotros dos seréis el mejor recuerdo de mi paso por la Tierra. Daría algo bueno por quedarme junto a vosotros, pero tengo un deber que cumplir. Lo comprendéis, ¿verdad? Muriel lloraba. Thewell, con el brazo en torno a los hombros de su esposa, asintió:

—Sí, te comprendemos, Tikki —respondió, con voz estrangulada por la emoción.

De pronto, se le ocurrió una idea que le hizo sentirse alarmado.

—¡Tikki! ¿Puedes viajar por el espacio así, sin protección...?

—Cuando salga de la atmósfera terrestre, segregaré una sustancia que se convertirá en una cápsula protectora. Aprovecharé la energía solar para adquirir velocidad y así viajaré siempre... hasta que mis detectores orgánicos me indiquen dónde está mi pareja.

Thewell contempló las alas del saurio, semejantes a las de un

murciélago, pero con ciento cincuenta metros de largo cada una. En los siete días transcurridos, las alas se habían desarrollado espectacularmente. La piel que las había cubierto se había desprendido por si sola y ya no quedaba señal de las ampollas que tanto les habían preocupado.

—Muriel, dame un beso de despedida —pidió Tikki.

La muchacha le abrazó, llorando a lágrima viva.

—No llores. Te dejo a Hal. Ya nunca estarás sola —dijo Tikki.

Al cabo de unos momentos, Muriel se separó. Thewell también tenía los ojos húmedos.

— Me gustaría que fueses humano para estrechar tu mano...

—Dame una palmada, será lo mismo.

Thewell golpeó afectuosamente el hocico del saurio. Luego, Tikki se apartó unos cientos de metros.

Batió las alas unas cuantas de veces. De pronto, dio un salto y se elevó con singular gracia.

Tikki dio un par de vueltas sobre el cañón. Luego, bruscamente, salió disparado hacia las alturas.

Su silueta se recortó durante unos instantes contra el plateado disco de la luna. Después, se perdió en la negrura del firmamento.

Muriel apoyó la cabeza en el pecho de su esposo.

—Oh. Hal... le echaremos de menos...

—Sí, es cierto —murmuró él, con voz conmovida.

—Y nunca le olvidaremos.

—Le recordaremos mientras vivamos.

Muriel suspiró.

—Tenía que ser así —dijo, resignada al fin—. Tikki también tiene derecho a ser feliz. Ojalá encuentre pronto a su pareja —Se apretó contra el joven—. No me dejes nunca sola, Hal.

—Estaré siempre a tu lado, querida.

Ella sonrió de pronto.

— Bueno, éramos tres y quedamos dos... pero pronto seremos tres otra vez.

—No me digas que has encontrado otro huevo...

Muriel se echó a reír.

—He encontrado un esposo, que ha engendrado en mí un hijo —contestó.

Thewell levantó la vista al cielo.

—Nuestro hijo —murmuró—. Un día le hablaremos de Tikki y...

Muriel miró también hacia las alturas.

—¡Buen viaje, Tikki! —deseó fervientemente.

F I N